

Antonio Elio Brailovsky

Me gustan sus cuernos



La senri vertical



Recientes obras en una iglesia de Sevilla provocan el descubrimiento de un comprometedor legajo del siglo XVII, que contiene las declaraciones que, ante un tribunal de la Inquisición, realizaron varias mujeres sobre un seductor que decía llamarse Juan Tenorio. Un cura de la parroquia sevillana, alarmado por las amenazas anónimas que recibe desde que posee el extraño manuscrito, llama a la joven investigadora Laura para que lo estudie y descifre sus enigmas. Cada vez más intrigada y excitada, ésta, mediante la lectura apasionada de los testimonios de las poseídas por el demonio de Eros, va dando a conocer al lector desde la confesión de una mujer que asegura haber mantenido relaciones sexuales «muy satisfactorias» con el diablo hasta la de una embozada a quien Don Juan sedujo contándole la historia de un guerrero que se «enfrenta» a doce mujeres en una sola noche. Y es que, como gradualmente revelan las actas inquisitoriales, ese nuevo y misterioso Don Juan, en su afán seductor, es no sólo capaz de aparecer bajo distintas formas perversas, sino de encandilar a cualquiera con sus fascinantes dotes de narrador procaz. ¡Hasta las santas monjas de un convento afirman haberse entregado a él sin reservas! Y, mientras avanza la lectura a la vez gozosa y tensa de Laura, se va cerniendo sobre ella y el cura la amenaza de personas influyentes que, por razones que el lector irá poco a poco descubriendo, han decidido preservar a toda costa el aura mítica del que ellos creen ser el verdadero Don Juan. Y, mientras el peligro les acecha desde fuera, otro riesgo más sutil, más privado, empieza a atenazar a Laura y al cura en la intimidad de la sacristía...



Antonio Elio Braidovsky

Me gustan sus cuernos

La sonrisa vertical 92

ePub r1.0

ugesan64 27.10.14

Título original: *Me gustan sus cuernos*
Antonio Elio Braidovsky, 1995

Editor digital: ugesan64
ePub base r1.2



Me gustan sus cuernos

Porque en Toledo ya no quedan hombres, señores jueces, dice ella. Ni uno solo. Nos los quitaron las guerras incesantes, se fueron al África o a Flandes, a conquistar México con Hernán Cortés o se ahogaron en la derrota de la Armada Invencible.

Hombres verdaderos hubo antes, en otros tiempos heroicos, lee Laura que dice ella, como ese Cid Campeador que, cuando ya había muerto, lo cargaron en su caballo y le ataron el brazo derecho, alzado con su espada para enfrentarse a los moros. Y ya estaban a punto de lanzarlo al campo de batalla, a pesar de la tristeza del caballo, que no lo quería sobre su lomo, cuando su amigo Álvar Fáñez de Minaya decidió abrirle las bragas para mostrar sus partes de hombre a los enemigos, como diz que hacían los antiguos griegos, que mostraban su desnudez a los troyanos para asustarlos, o quizá con algún otro propósito que a mí no me importa en este momento.

Y una vez que Álvar Fáñez abrió las bragas del Cid muerto, se hizo un silencio grande en el campo de los nuestros, tan grande que los moros acallaron sus tambores para ver qué pasaba. Y cuando se acercaron, y vieron que ese hombre era tan hombre, huyeron de sólo verlo, que nunca hubo quien se le comparara.

Pero hombres así no quedan en toda España, y mucho menos en esta ciudad vaciada de varones, hasta tal punto que muchos oficios que antes hacían ellos, como cortar la madera o llevar las ovejas al campo, hoy los hacen las mujeres. Que un día de éstos, dice ella, vamos a tener que cargar alabardas o vestir sotanas, si antes no nos damos a la mar o nos vamos a errar por los caminos.

Así, nos quedamos con la resaca de los perdedores.

Aquí están los prisioneros rescatados a precio de oro que, tras veinte años de cautiverio, regresan hechos eunucos de los harenes del sultán de Argel.

Allí los verdugos negros les cortan sus partes de varón con una cimitarra mellada, tal es el odio que sienten por los buenos cristianos. Y, luego de mutilarlos, los destinan al servicio de las decenas de mujeres que ellos tienen, para que se pasen el día viéndolas desnudas entre almohadones.

Porque las moras, señor inquisidor, dice ella, son de una sensualidad tan desbordante que odian estar vestidas, aun en los días más crudos del invierno, y por eso sus hombres las celan tanto que las obligan a salir a la calle tan cubiertas que sólo se les ve el fuego de los ojos. El mismo fuego de los míos, señores jueces, que no encuentra aquí quién lo apague.

Ellas se desquitan, entonces, desnudándose en el interior de las casas, arrancándose el pesado *chador* que les impone la ley de Mahoma y luciendo con orgullo esa piel lustrosa de aceitunas, que a veces cubren con ungüentos de mirra traídos de Arabia.

Y esas moras son tan crueles que no solamente se exhiben ante los hombres que ya no pueden gozarlas, sino que obligan a sus eunucos a depilarlas entre las piernas, para que estén todo el tiempo mirando aquello a lo que ya no pueden llegar. Mientras tanto, el sultán de Argel, un hombre alto y gordísimo, las va llevando de una en una a su alcoba y deja la puerta abierta para que todos escuchen cómo cumple con sus deberes de marido múltiple.

También están los que vuelven de las Indias, dice ella, sigue leyendo Laura, de ese paraíso de Mahoma que es la Asunción del Paraguay, donde los cristianos tienen más de sesenta indias a su servicio para todos los goces que puedan ustedes imaginar. De allí sólo vienen, señor inquisidor, aquellos que, bañándose en el río, han perdido su hombría en los dientes de un pez llamado piraña.

¡Maldito río el Paraguay, señor inquisidor! ¡Río lleno

de engaños, como lo es todo en América! Por las mañanas, el sol levanta un vapor espeso del agua, y los hombres que han compartido la hamaca con esas mujeres color canela tienen el deseo de envolverse en la niebla, así como antes lo tuvieron de envolverse en los cabellos larguísimos de las hembras guaraníes, que son tan ardientes que ellos no sienten los mosquitos cuando las buscan para meterse en ese sexo que permanece siempre lampiño.

Por la mañana, después de haber pasado por una y por otra, que nunca es con una sola en América, alguno de ellos se baña desnudo en el río, rodeado de niebla, y debo decirle, señor inquisidor, que los peces que viven en esas aguas pardas, tan opacas que en ellas no pueden ver a su presa, se guían solamente por el olfato, y el olor que más los atrae es el de la mezcla de los jugos de la mujer y del hombre.

Por eso, el que ha dormido solo puede nadar libremente en el río Paraguay. Pero el que ha estado con mujer, y se arroja al agua envuelto en el olor del encuentro, de inmediato se ve rodeado de pirañas que lo atacan precisamente en ese lugar.

Unos y otros vienen a mi posada, buscando con ojos y manos algún resto de ese goce negado, el que se tiene con las partes que Dios les da a los hombres.

Algunos de ellos me pagan por ver lo que yo haría con hombres verdaderos, si aquí los hubiera, y yo no quiero, señores jueces, que Dios ordenó que eso se hiciese solamente de dos en dos. Ellos me lo ruegan: quieren ocultarse detrás de una cortina, o en la habitación de al lado, para, al menos, ver lo que la vida les niega.

Les digo que no, que no quiero que me vean con otros, y allí cambian el ruego en amenaza, y es tal la pena que me da el tono de voz de esas amenazas que no puedo, señor inquisidor, que ya no puedo negarme, y les hago un lugar detrás de la cortina. Sí, sí, señor notario, dice ella, es la cortina roja que vucencia ha visto. Detrás de esa cortina, señores jueces, les digo que se escondan, y ellos

lo hacen. Se quedan quietos, muy quietos, casi sin respirar al principio, hasta que yo me desnudo y ahí se les corta la poca respiración que les quedaba. En ese momento, el hombre que está conmigo empieza a acariciarme. A veces lo hace con violencia, y la cortina se queda rígida, como si fuera de mármol. Otras, las manos de un hombre me recorren lentamente, como si tuvieran toda la noche por delante para abarcar mi cuerpo, como si no hubiese un hombre ávido apurando por detrás esas manos, sino un hombre seguro de, alguna vez, llegar a su destino.

En esas ocasiones, señor inquisidor, sigue leyendo Laura, escucho detrás de la cortina un jadeo, al principio muy quedo, y que después crece y crece hasta que se transforma en sollozo.

¿Que si el hombre que está conmigo no los oye? No, señor notario, dice ella, no los oye ni puede, que se le acaba pronto la seguridad que mienten sus manos. Y es que no es mejor lo que ocurre con los otros, los que tienen sus vergüenzas enteras, pues éstos llegan agitados y sin fuerzas para nada, los ojos sin expresión, las manos tan torpes que me rompen tazas y fuentes por no ver dónde se apoyan. Apenas entran en mi casa, ya sé que al desnudarlos tendrán el miembro blando y colgante, con una tristeza de pescado de ayer que a mí me hace lamentar la ausencia de esas fieras espadas de Toledo.

A veces vienen estudiantes debilitados tras varios días de ayunos, con los que piensan purgar por adelantado el pecado que van a cometer. Esos ven en mi cuerpo al demonio, se persignan antes de besarme y, en ocasiones, me abrazan sin quitarse el cilicio que les muerde la carne. ¡Empeño inútil! El cilicio es como el vino, señor inquisidor, ya que excita el cuerpo pero le impide consumir el amor. Los he visto tapar el crucifijo con la almohada, procurando ahuyentar su conciencia, para descubrir que la mirada de Aquel que atraviesa el alma también puede atravesar el paño.

Laura levanta la vista del legajo, se quita los lentes por

un instante, estira un poco la espalda, se sirve café y vuelve a leer.

Otras, dice ella, son artesanos agotados por una labor durísima, que vienen a pedirme mis favores al fiado, y yo a veces los doy. O, al menos, intento darlos, pensando en hacer una buena obra, y así tengo una montaña de pagarés que no quiero ejecutar, porque, ¿qué gano yo enviando a la cárcel a esos hombres arruinados? ¿Y con qué cara, señores jueces, cobro la deuda de un hombre que vino a mí y no pudo tomar lo que yo le ofrecía?

Ya sé cómo es eso, que después vienen a verme las esposas de esos pobres artesanos, a llorarme que no les exija la deuda, que las dejo sin comer. Y si a la primera vez no les hago caso, a la siguiente llegan con siete hijos, aquí, al barrio de las putas, llorándome todos en la puerta. Finalmente, yo les digo que sí, porque ¿acaso me cobro yo embargando yunques y telares que después nadie me quiera comprar?

Porque antes, dice ella, un tejedor vivía holgadamente y un espadero toledano era rico. Pero hoy, señor, con este maldito oro de las Indias, todo se compra fuera y nada se hace aquí, que las telas son de Italia y de Francia, y hasta las famosas espadas de Toledo son apenas un recuerdo, ahora que el rey nuestro señor surte sus ejércitos en Alemania.

Ustedes dirán, señores, que no importa quién teja las telas, pero yo pienso que si el paño de la bandera ha sido hecho con manos extranjeras, esa bandera les será ajena a nuestros soldados y pelearán con menor fuerza por ella. Yo no sé, señor inquisidor, pero viéndolos aquí como yo los veo, cuando se sacan el casco y la pechera, se desatan los entorchados y cuelgan de mi percha esa espada forjada por artesanos de Baviera; cuando se sacan la camisa y las bragas, dejan de ser soldados y les queda solamente lo poco que tienen de hombres, aquí se les ve muy bien todo lo que han perdido. Esos hombres son en la cama la sombra de lo que alguna vez fueron.

Y si Toledo siquiera fuese puerto de mar, dice ella al

tribunal, si pudieran remontar el Tajo soberbios galeones, veloces fragatas, galeras pesadas de esas que casi no se ven; si así fuera, tendríamos vigías en las torres redondas que gritarían: «¡Allí vienen! ¡Son ellos!».

Y la rada se llenaría de putas vestidas de fiesta, que en mi oficio no hay nada que se compare con la emoción de ver llegar esas velas desde el horizonte y decimos, unas del brazo de las otras, si vemos velas cuadras o latinas, si son goletas de dos palos con la inmensa cangreja desplegada, o fragatas de cuatro mástiles que surcan el agua como si volaran. Aquí el puerto ya es un gentío de frutas y pasteles, pues hace meses que ellos vienen comiendo solamente carne salada y bebiendo vino agriado y aceite rancio.

Los barcos están cada vez más cerca del puerto, y un hombre trae una enorme canasta con panes crujientes, recién sacados del horno, para aquellos que comen la galleta dura y mohosa de alta mar. Y las velas se acercan cada vez más, ahora envueltas en el vapor que sube de las canastas de pan y de las marmitas de los que preparan vino caliente si es invierno.

Si es verano y el sol cae sobre nosotros, las putas llevamos escotes que desbordan, y allí, en medio del fuerte olor de la brea de los calafates y las fritangas de pescado, empieza a sentirse el olor suave de las hembras que llaman a los marinos. Y ellos, señores jueces, lee Laura que dice ella, ellos son capaces de percibir ese olor a varias leguas de distancia, que para eso son marinos.

Apenas nos huelen, aun antes de vemos, se doblan sobre el remo los de las galeras, cargan todo el velamen en fragatas y carabelas, que incluso los que están encadenados al banco confían en una mano piadosa que les haga subir una mujer a bordo. Las que suben, señor inquisidor, son las viejas del oficio, dicen que por no encontrar otros clientes, pero a mí me parece que lo hacen porque no soportan el dolor de esos hombres solos, que sólo pueden abrazar el remo.

Allí, junto a la costa, los barcos de vela son más lentos

y de más difícil maniobra. Pero, cuando perciben el olor a mujer, crujen los mástiles bajo más viento del que pueden soportar, se cortan los cabos tensados para exigir más y más al trapo y a la quilla, mientras los hombres se desesperan porque saben que nosotras, sus putas de siempre, estamos esperándolos.

Y cuando ellos bajan a tierra, cuando bajan, y no se ofendan vuestras mercedes, que he jurado decirles la verdad completa, ahí sí que se ven las diferencias con los hombres de aquí. Ellos bajan con las piernas muy abiertas y con cierta cadencia, como si la tierra se moviera bajo sus pies, o como si ellos mismos la hicieran balancearse con sus pasos. Se acercan a nosotras y allí, en plena calle, nos palpan la proa y la popa, nos enlazan la cintura y se marchan con nosotras a hacer las cosas como se deben, por delante y con el mástil bien erguido.

Eso haría yo, señores jueces, si tuviera la inmensa dicha de ser puta en Cádiz o en Barcelona, donde siempre hay hombres de mar, curtidos en viento y sal, hombres capaces de penetrar a una mujer y hacerla gritar por tres veces pidiéndoles más.

Pero los de aquí, señores, vienen como dormidos en ese lugar y no hay fuerza humana capaz de despertárselo. Porque los que perdieron sus partes por culpa de las pirañas, o de los moros, al menos merecen compasión por su desgracia. Pero ¿qué puedo decirles de los que las tienen y no son capaces de usarlas? A veces no sé bien para qué vienen a mi casa. Quizá cada tanto recuerden que alguna vez fueron hombres y vienen a ver si siguen siéndolo.

¿Y los comerciantes?, lee Laura que dice ella. No, señor, tampoco los comerciantes, ni los banqueros, ni los que hacen la pequeña usura a la vuelta del mercado. Ésos no vienen a verme. Tienen sus mancebas, sí, y las tienen en palacios lujosos, pero yo bien sé que las tienen para mostrarlas, para que los otros hombres crean que ellos no son como los demás, y que con ellas pueden. Ellas, señor inquisidor, lamentan sus noches vacías, su cuerpo sin

hombre, mientras acarician la inútil humedad de su vientre, porque ellos, señor, de tanto amar el oro, ya no tienen deseos de mujer.

Nadie en la ciudad entera, señores jueces. Ni un solo hombre de veras, ni siquiera los que cuidan las murallas, que los soldados de Toledo son los únicos capaces de hacerlo, y de hacerlo muy bien, pero para mi desgracia son tan hombres que lo hacen solamente entre sí, y no quieren juntarse con mujer alguna.

Fue por eso, señor, dice ella, por falta de hombres, que yo lo hice. Por no encontrar ninguno, yo llamé al demonio, que si en Toledo hubiera existido un solo hombre de verdad, yo no habría necesitado llamarlo.

Laura trata de imaginar la escena, de salirse de esta biblioteca pequeña y de este sol plácido que marca los rombos de las ventanas sobre la mesa. «¿Cómo habrá sido?», se pregunta. «En la sala grande de la Inquisición, sin duda, pero ¿cómo era ese lugar?». Laura no ha visto grabados de época, pero piensa en paredes de piedra desnudas, con una pequeña ventana muy alta, para dar sensación de encierro. Delante de la mujer, ¿quién? Por lo menos, tres: inquisidor, notario y verdugo, con todos los atavíos de su rango. Pero si la mujer es hermosa, la sala estará llena de notables que buscarán un pretexto para estar allí. Quizás ella vaya en camisa y se adivinen sus formas. O podría estar desnuda y su cuerpo ser la única nota de color en la sala oscura. ¿La han torturado? «No, no», concluye Laura, «el expediente lo diría. Está hablando por las buenas, porque ella quiere. Tal vez le hayan mostrado los instrumentos de tortura, pero no los han usado». Por alguna razón, Laura imagina esos hierros informes puestos sobre una mesa, allí, delante de todos, ordenados como si fuesen cubiertos o herramientas.

Y la mujer, vestida o desnuda, en la sala grande y, concluye Laura, llena de gente, prosigue: ¿que si llamé a gritos al demonio o le escribí una carta? ¿Qué le importa a usted, señor notario? Lo llamé y basta.

Está bien, dice, he jurado contarles todo y lo diré. Yo

les voy a enseñar cómo se llama al diablo. Al demonio se lo llama con sangre. Él se desespera por la sangre, porque él mismo no la tiene. Entonces, para hacerse amigo de él, hay que darle sangre, y son sangres distintas según lo que usted quiera conseguir de él.

Para pedirle oro, basta la de un camero. Degüelle usted, señor notario, si es capaz de hacerlo y si no le tiembla la mano, degüelle un camero gordo un viernes 13. No lo haga en ningún otro día, que los conjuros para el demonio deben cumplirse con exactitud, pues si usted no lo hace así, todo se le volverá en contra, y usted mismo será el camero.

Fíjese bien, entonces, para el oro un camero el viernes 13, pero ha de ser un viernes sin luna y a la exacta medianoche. Es decir, cuando el reloj de la iglesia haya dado seis campanadas. Que el reloj se atrase o se adelante no importa, siempre que sea un reloj de iglesia, porque Satanás se guía por la misma hora que Dios. En ese momento, y sin vacilar, señor inquisidor, húndale usted el cuchillo en la garganta, de modo que muera al instante, rece un padrenuestro al revés, lo más rápido que pueda y sin equivocarse mientras lo mata, y después sólo espere, ya que el oro le llegará a raudales.

Para el poder y la gloria, dele usted la sangre de un hombre, dice ella, un hombre sacrificado al demonio del mismo modo. Pero tenga usted cuidado, lee Laura, que el hombre debe ir confiado y satisfecho al sacrificio, porque Satanás rechaza la sangre de los que mueren con temor, que ésa le sabe amarga.

¿Que si yo lo hice alguna vez? ¿Me ve usted rica o poderosa, señor inquisidor? ¿No ha visto mi casa y mis pertenencias? ¿Ha encontrado usted más oro que esas dos monedas que sus agentes se llevaron, sin darme ni un recibo por ellas? ¿Acaso manejo la ciudad a mi antojo, o soy la querida del rey?

No, señores jueces, vuestras mercedes saben muy bien que yo vivo de mi trabajo, que todos los días me gano el pan con el sudor de mi... ¡Ustedes saben con qué sudor

me lo gano, y lo gano honestamente!, dice ella y Laura sonríe. Que si mi oficio es duro en toda circunstancia, mucho más lo es en esta ciudad sin hombres, donde, a pesar de ser puta, no hay quién se meta dentro de mí.

De manera que sí, llamé al demonio. Lo llamé con sangre. ¿Que con cuál? En esto no podrá usted imitarme, señor veedor, aunque quisiera, pues al demonio lo llamé con esa sangre que sólo tenemos las mujeres, la que se nos forma cada luna en el oscuro guardainfante, sangre espesa y de un rojo casi negro que gota a gota se nos desliza por las comisuras, y que por eso me estuve un día entero sentada, con un tazón de barro puesto entre las piernas, para recoger unas gotas con que llamar a Satanás.

Después, el resto son palabras, señores jueces, sólo palabras para decir entre la primera y la última campanada de medianoche, decirlas muy quedo, susurrando la pasión, con las manos apretadas en las tetas y una voz capaz de conmover al mismísimo diablo.

¿Por qué quiere usted saber cuáles son, señor veedor? ¿Acaso buscaría usted al diablo para hacer esto con él? Pues no: ¡el diablo es mío, señor, mío y mío!, y no pienso compartirlo con usted ni con ningún otro hombre, que mujeres él tiene todas las que quiere, y para esto está tan bien provisto, pero no admito que lo busquen hombres.

¡No me calmo, señor inquisidor! Y sepa usted, señor veedor, que si intenta acostarse con el demonio, yo misma voy a hacerlo eunuco, con estos dientes lo voy a hacer. ¿No lo ve usted, señor inquisidor? Esta ciudad está tan falta de hombres que los que no son impotentes, son maricones.

Entonces, dice ella, llamé al demonio, y así me visitó Satanás, y yo fui suya todas las noches durante un mes. Y yo, que conozco a todos los hombres de Toledo, puedo decir que ninguno es como él. No hay quien esté tan bien plantado, con esa gallarda apostura de varón. No hay hombre que pueda lucir una capa con esa elegancia. Y no hay en esta ciudad hombre alguno con tanto olor a

hombre. Lo que hay, señores jueces, son hombres que huelen al barro del camino, mientras otros se perfuman mucho más que yo y se ponen esas esencias de Francia que usan las putas de los ricos, que cuando uno de esos hombres está en mi cama y quiere apagar la luz, yo no distingo por el olor si estoy con un hombre o con una mujer.

¿Y el demonio? Mienten los que dicen que el diablo huele a humo y azufre. Mienten de envidia, señor inquisidor. Satanás huele a cuero y tabaco, su aliento a menta, sus partes al agua del mar cuando en ella nadan pulpos y langostas. No es cierto que su piel sea áspera y tenga escamas. Más áspera es la piel de todos ustedes, señores jueces, que me raspan las barbas mal rasuradas y esas verrugas negras e hirsutas que les adornan el cuerpo.

En cambio, dice ella, la piel de Satanás es suavísima y tiene la tersura de la del tigre. Y no es sólo la piel, que él se mueve siempre como un gato, de un modo continuo y silencioso, sabiendo que todo el espacio es suyo.

Laura trata de recordar si le dejó la comida a su gato, o si también el animal ha sido víctima de este apuro de leer y leer papeles viejos, buscando quién sabe qué.

Me gusta el diablo, señor, dice ella. Me gusta sentir en la lengua el sabor de sus cuernos, que no son filosos sino redondeados, y los cubre una pelusilla muy fina, como los de los ciervos jóvenes. Me gusta su voz ronca y profunda, en esta ciudad donde los hombres tienen voces tan aflautadas que el rey no quiere usarlos para dar órdenes a sus soldados, porque teme que se burlen de ellos y no les obedezcan. Me gusta la manera en que el diablo me muerde, la suave cosquilla de sus dientes afiladísimos. Me gusta, señor, su forma de hacerme el amor.

¿Que cómo lo hacía el diablo? ¿De veras quiere usted saberlo, señor notario? Pues lo hace como ninguna de vuestras mercedes es capaz de hacerlo, que yo bien los conozco a todos, pues todos han pasado por mi casa infinidad de veces, para vergüenza y deshonra de mi oficio, que pronto me iré a pedir limosna por los caminos,

diciendo que no hay desgracia mayor que ser puta en Toledo.

Satanás, en cambio, me abrazaba y me envolvía con sus alas, cobijándome y protegiéndome con esa ternura viril que a vuestras mercedes les falta. Sus alas son tibias y la caricia del ala inmensa en tomo de mi cuerpo me daba un goce como jamás pudo darlo mano ninguna. ¡Ay, señores jueces, lo que es sentirse dentro de esas alas!

Satanás llegaba a mi casa y me desnudaba con la mirada. Bastaba que él posara sus ojos sobre mi falda para que la falda se desprendiera sola y volara hacia un rincón, cayendo a veces revuelta, otras completamente doblada, según fuera su capricho en ese momento. Así iba haciendo con cada una de mis prendas, hasta llegar a las más íntimas, y, ahí sí, yo sentía el tenue calor de su mirada rozándome muy lentamente los pezones hasta que se endurecían, y después su vista jugaba con cada una de las curvas y hendiduras de mi cuerpo, y yo me enardecía de deseo antes de que él me tocara.

El diablo, dice ella, tiene las manos finas y larguísimas, los dedos con siete falanges y el roce de cada uno de esos dedos vale por cien abrazos de los vuestros. A veces llegaba vestido, deslumbrante en sus galas reales, la corona un poco ladeada, con una roja serpiente viva por cetro.

Otras llegaba desnudo, con sólo sus botas puestas y la capa roja ondeando sin viento alguno, para así resaltar lo que tiene de varón. Satanás tiene el miembro muy grande y en forma de cabeza de pájaro, con ojitos rojos y corvo pico de halcón. Al principio temí que ese pico me hiriera, pero me penetró con tanta suavidad como si hubiera formado parte, desde siempre, de mi cuerpo.

Con los ojos que tiene en el falo, dice ella, me miraba por dentro: «Tienes completamente rojo el guardainfante», me decía. «Me recuerda a mi casa. Ya la conocerás».

Y mientras me penetraba por delante, también débame la por detrás con la punta de su cola. Cuando yo

comenzaba a gemir, clavada por delante y por detrás, él me acariciaba la punta de los pechos con sus cuernos, y después abría las alas y los dos nos alzábamos en el aire hasta que me desmayaba en sus brazos.

¿Qué cuántas veces? La primera noche, señor alguacil, fueron seiscientos doce veces; las siguientes noches, ya no las conté. ¡No me mire de ese modo, señor inquisidor! Le pido el mismo respeto que tuve por usted cuando vino a mi casa, y usted quería y no podía, y yo lo esperé y lo esperé. Y en atención a su alta investidura lo aguardé toda la noche, por si sus partes se calentaban alguna vez, cuando a cualquier otro lo hubiera puesto en la calle si en una hora no conseguía obrar. ¡Recuerde esa noche, señor inquisidor! Usted lo intentaba y lo intentaba, me dijo estar cansado y que lo agobiaban las responsabilidades del tribunal. Esa noche interminable, yo lo besé y acaricié de todas las formas que se puede besar y acariciar a un hombre, y lo hice con el orgullo de que me visitara tan importante personaje. A la medianoche usted me insultó, y después lloró sobre mis pechos como si fuese un bebé. Con las primeras luces del amanecer, usted se marchó de mi casa sin pagarme, y yo ni siquiera le reclamé el dinero para no avergonzarlo.

Cuando Satanás se iba de mi casa, también reinaba la penumbra del amanecer, pero me dejaba colmada como lo hubiera hecho un ejército entero, mi cuerpo desbordado, mi cama chorreando hasta el suelo sus jugos de varón.

Hoy estoy encinta, señores, dice ella, encinta de él. No, no tengo vergüenza, siento un orgullo muy grande de llevar un hijo suyo en el guardainfante. Lo siento latir y moverse, acariciarme por dentro con las alitas. Lo confieso todo, no oculto nada, ¿no ven ustedes que nada oculto? Pero no me dé tormento, señor verdugo, no lo haga, que podría dañarse el niño.

Por lo demás, confieso, señor inquisidor; anote usted bien, señor notario: yo tuve comercio carnal con el demonio, sí, lo tuve y no quiero arrepentirme. No

procuren regenerarme ni salvar mi alma, que los cielos me llenarían de una infinita tristeza. Condénenme ustedes a la hoguera, así podré reunirme con él. Pero háganlo pronto, apresúrense, que ya estoy de cuatro meses y quiero que mi hijo nazca en la casa de él.

(«Dicho el 6 de octubre de 1612, ante mí, Gabriel Téllez, también llamado Tirso de Molina, notario auxiliar de la Santa Inquisición de Toledo»).

Laura cierra el legajo temblando. Sí, es cierto, hay algo terrible en estos papeles que quizás explique los años que han permanecido ocultos. O quizá fuera una ilusión, y éste un vulgar proceso por satanismo y brujería, de los que tanto abundaban en aquellos tiempos.

Sin embargo, el expediente exhala una fuerza particular. Laura aprieta los papeles con los ojos cerrados y los siente latir, con un misterio lejanísimo atrapado entre las letras. Vuelve a intuir la sala oscura del tribunal, los hombres encapuchados —inquisidor, notario, veedor, alguacil y verdugo— mirando a esa mujer encinta, y quizá desnuda, que acude después de haber amado al diablo y trata de hablarles, aunque sea a quienes están juzgándola, de contarle a un ser humano esa experiencia intransmisible.

Al fondo de la sala, Laura intuye que hay otras figuras que susurran. En cierto momento, cree escuchar un fragmento del diálogo:

«¿Quién ha enloquecido así a esta pobre muchacha?», pregunta uno de ellos.

«Un hidalgo de Sevilla llamado Juan», dice el otro.

Papeles peligrosos

«La he llamado a usted», le había dicho el cura unos días atrás, «para contratarla a fin de que realice una investigación».

Laura asiente, comienza a cruzar las piernas, después sospecha que se ha puesto una falda demasiado corta y se queda, muy tiesa en su silla, con las rodillas paralelas, preguntándose qué querrá de ella el cura párroco de una de las iglesias más famosas de Sevilla.

Y el cura —que quizá tuviera mucho tiempo para hablar, o quizá tuviera que dar muchas vueltas hasta llegar al tema— le habla del desborde de religiosidad y fiesta popular que es la Semana Santa, cantada en coplas populares, pintada a la acuarela durante siglos, filmada infinitas veces y atrayendo a tantos turistas que la ciudad entera vive de los dólares que le deja cada aniversario de la muerte de Jesús.

—Pero hay un aspecto que no se conoce —agrega. Y sigue hablando de la calamidad que representan esas aglomeraciones para los edificios viejos, cuyas estructuras trepidan ante los gritos de la multitud, mientras todos entran, presionan, se aplastan unos a otros, empujan paredes y columnas hasta que se agrietan los muros, vuelan las tejas y estallan los cristales—. Y son tantos los que suben a la torre —dice— que después de cada Semana Santa hay que repararla.

Este año había una grieta menor en el campanario, y el cura no quiso darle importancia, pero el arquitecto le señaló que el campanario era demasiado alto para dejarla sin comprometer su estructura, que la campana era excesivamente grande —quizá por soberbia del constructor—, que eso agregaba más peso aún, y, lo peor

de todo, que la grieta no era vertical, que ésas son las grietas buenas, superficiales, que sólo afectan al revoque. Por el contrario, ésta era una rajadura inicua, inclinada a fatídicos cuarenta y cinco grados, lo que quería decir que atravesaba los ladrillos de un lado a otro aunque eso aún no se notara, y que era menester repararla de inmediato.

Apuntalaron, pues, la pared, colgaron andamios y abrieron un hueco para instalar un soporte transversal de hierro. Dentro del muro encontraron, cubierto de polvo y argamasa, un talego de cuero, emparedado desde hacía cuatro siglos.

—¿Por qué lo escondieron? —pregunta Laura.

—Es un proceso por satanismo y brujería —dice el cura—. El acusado era un seductor que conseguía mujeres contándoles historias. Suponen que también usaba malas artes, aunque no las veo muy detalladas. Averigüe usted quién era.

Laura abre el legajo y se muerde los labios con un gesto de sorpresa.

—Ese nombre explica el silencio —dice el cura—, explica por qué los papeles fueron emparedados, explica por qué este proceso no figura en ningún libro de historia. Si esto se sabe, habría que reescribir la mitad de la historia de España. Sólo que está su familia en juego. Ellos son, aún hoy, demasiado poderosos, y harán cualquier cosa para que el nombre de su santo antepasado no se manche con la verdad.

—¿Por qué quiere usted investigarlo? —pregunta Laura—. ¿No es mejor dejarlo todo como está?

—Porque ellos ya saben que yo lo tengo —dice el cura—, y es que los obreros dispersaron por la ciudad la noticia de unos misteriosos papeles, emparedados en esta iglesia, que podrían contener el plano de un tesoro o las cartas de amor de un cura a su monja.

»Aunque los destruyera —sigue diciendo el cura—, ellos no creerían que lo hice. —Hace un silencio—. Ayer un camión estuvo a punto de atropellarme. Huyeron en la oscuridad, pero yo sé que son ellos. La única defensa que

tengo es estudiar su contenido. Rápido, instálese aquí y léalos, que puede ser asunto de vida o muerte. Después usted me aconsejará qué hacer con ellos.

—Quizá publicarlos, para que dejen de ser secretos —dice Laura.

—Laura —dice el cura tomándole de la mano y mirándola a los ojos—, si publicamos este nombre, yo le garantizo que tendremos el escándalo del siglo. ¿Y cómo le explico yo al obispo, qué digo el obispo, cómo le explico yo a Su Santidad el jaleo que he armado?

—Podríamos publicarlos con un nombre supuesto —aventura Laura— para que ellos sepan que lo hemos visto y estamos dispuestos a callarlo, salvo que empecemos a correr peligro.

—Puede ser —dice el cura—. Pero entonces que el nombre verdadero no figure en ninguna de sus notas ni apuntes. Bautíceme de algún modo a su personaje.

—Si es un seductor —dice Laura—, utilicemos un nombre que ya existe: podríamos llamarlo don Juan Tenorio.

Laura lee y lee, en la oficina del cura, páginas y páginas de un legajo cuya inverosimilitud se le va haciendo cada vez mayor.

«¿Y si el legajo fuera falso?», se pregunta. «¿Y si se tratase de una broma de estudiantes, que simulaban descubrir los papeles y ahora tratan de asustar al pobre cura?».

Interrumpe la lectura, busca una hoja con frases irrelevantes y la lleva a la universidad. Sí, sí, el documento es auténtico; es antiguo de veras. El papel es viejo y el tono amarillento no está logrado secándolo al horno con humedad de té. La tinta tiene demasiado carbón para ser actual.

—No, no —le dice el profesor al que consulta— no hay duda, estos papeles son realmente del siglo dieciséis o del diecisiete.

—¿Y si fueran antiguos pero falsos? —pregunta Laura, pensando que quizás algún anónimo bromista del tiempo de la picaresca pudiera haberlos redactado.

—No —dice el profesor—. Burlarse de la Inquisición era demasiado peligroso, y esto no me parece obra de un suicida. Diga lo que diga su documento, téngalo por auténtico.

Cae la tarde. Laura enciende la luz y se queda mirando el amarillo de las pantallas de pergamino, los tonos oscurísimos de las vigas de madera del techo y las hojas que nacen en el roble del patio.

«Recapitulemos», se dice. «La apariencia es la de una investigación de rutina. La Inquisición rastrea la vida privada de un hombre. Ésa es su función, no hay nada inusual en que la cumpla. Para eso pregunta a una serie de testigos que dicen lo suyo. Sí, sí, se acostó con ésta. También se acostó con la otra, y con la de más allá. Una vulgar historia de enredos de alcoba. Pero, entonces, ¿de dónde viene esta inquietud? Y además, si sólo son historias de alcoba, ¿por qué este empeño por ocultarlas?».

—Hasta ahora —le dice Laura al cura— los textos son perturbadores. Y no sólo para mí, también para la Inquisición. El inquisidor sólo investiga.

Llega hasta el borde, pero no se atreve a ir más allá.

—¿Cómo que no se atreve? —dice el cura—. ¿El mayor poder de España no se atreve a seguir un proceso?

—No —dice Laura—, esta vez la Inquisición se encuentra ante algo que no puede entender.

—En ese caso, la resolución tuvo que haber sido más sencilla —dice el cura—. Cada vez que encontraban algo sospechoso, lo quemaban.

—Eso es lo sugestivo —dice Laura—. Esta historia los inquieta, los asusta, pero nadie se atreve a arrimarle un fósforo. Tenemos que descubrir por qué.

—Veamos —dice el cura—. Cuénteme alguno de los

testimonios.

—Hay uno en particular que quiero comentarle —dice Laura abriendo el expediente—: es una historia de caballerías. Don Juan construye un mundo de palabras. Comienza con una lenta y sorprendente ingenuidad, pero vea usted adonde va a parar.

Novela de caballerías

Les contaba historias, declara una mujer embozada que se niega a dar su nombre. Las enredaba hablando con ellas. Era un gran contador de cuentos.

Laura vuelve a mirar los papeles amarillos, la sombra de la mujer de negro, que ahueca la voz para que no la reconozcan. Percibe la mano ajena del notario que escribe siempre palabras ajenas, intuye la mirada deslumbrada del curita Tirso al encontrarse por primera vez frente al hombre cuyo mito ayudará a formar. Mientras tanto, la sombra del oficial de justicia va tomando declaración a esta mujer que tiene algo que decir contra don Juan Tenorio.

—Una historia de caballerías —dijo don Juan mirándola a los ojos—. Hace mucho tiempo que nadie cuenta historias de caballeros andantes.

La mirada se hace más intensa, siente la mujer, pero no lo dice al tribunal, piensa Laura, mientras don Juan habla con nostalgia de esos tiempos idos en que los hombres eran capaces de jugarse la vida por el honor de sus damas.

El aire se vuelve más espeso, y suena la voz grave de don Juan convocando un mundo luminoso: «Cabalga el buen Ruggero por esos campos de Dios, la mirada límpida puesta en las flores de primavera, el blanco y el rojo que envuelven las patas de su caballo, mientras él piensa en su dama y en los actos de justicia que cometerá en su nombre».

—Es curioso —le dirá después Laura al cura—. Don Juan seduce con un personaje italiano. Ruggero aparece

sólo en el *Orlando furioso* de Ariosto, una obra desconocida en la España de ese momento.

—¿La familia de nuestro prócer tenía intereses en Italia? —pregunta el cura.

—Quizá —dice Laura—. O quizá fuera más culto de lo que pensamos.

Sonríe la mujer, adivina Laura.

—Los hombres de hoy sólo piensan en eso —le dice la mujer a don Juan en la historia que cuenta la mujer embozada.

—Es cierto —asiente don Juan—, pero quizá queden caballeros en nuestra época: sólo hay que saber verlos.

Los dos dejan vagar la mirada, casi perdida, hasta que don Juan retoma la historia de Ruggero, que cabalga en su campo de flores, por donde llega un jinete a galope tendido, sobre un caballo que tiembla por el esfuerzo desesperado de llegar a tiempo hasta el caballero andante.

«Señor caballero», dice el criado, «hay que salvar a una dama en peligro».

«Es mi oficio», dice Ruggero, sonríe don Juan, mientras Laura intuye el modo en que la mujer contesta esa sonrisa.

Hablaba de Amanda, narra don Juan, la hija de un rey que ocupaba un pequeño territorio de la isla de Rodas, allá en los confines del mundo cristiano. En las murallas del castillo se estrellan, oleada tras oleada, los jinetes turcos. Un puñado de hombres arroja flechas por las saeteras, cambiando cada vez de lugar, para que los turcos crean que son más. El asedio sigue y sigue, los turcos parecen un mar embravecido, y lanzan sus flechas al unísono y desde un ángulo estudiado para tapar el sol. Un día cargan sus catapultas con cabezas de cristianos, y los defensores recogen esos despojos para reconocer en ellos los restos de parientes y amigos.

La mujer tiene un estremecimiento de horror. Don

Juan la toma de la mano. El temblor cesa, pero la mano queda apoyada sobre la de ella. Laura sonríe: ¿de qué manera contaba don Juan esas historias? Quizá caminara a grandes pasos por la habitación, anunciando con voz recia la épica de la situación, como un capitán que da órdenes a la tropa acorralada, aventurará después el cura.

No, no, la mujer embozada no se lo ha dicho al tribunal, pero Laura lo imagina hablando con voz queda, tan baja que la mujer se ve obligada a acercarse para seguir oyendo cómo los turcos sitiaban la ciudad y cómo caían los defensores uno tras otro.

Desesperado, el rey pide ayuda al gran maestro de los Caballeros de Rodas. Un mensajero atraviesa las líneas enemigas por un pasadizo secreto y lleva la carta al jefe de los cruzados.

«Sí», dice el gran maestro, «te ayudaré, pero quiero la mano de tu hija Amanda», sigue contándole a Ruggero el criado, en medio del campo de flores.

Retoma el mensajero con la respuesta, accede el rey, hay que casar a la princesa en medio del fragor de la lucha.

—Sí, hay que casarla —asiente la mujer mirando fijamente a don Juan.

Pero al día siguiente, continúa don Juan, relatando cómo el criado explica a Ruggero los sucesos, ese día es el de San Juan, narra al tribunal la mujer embozada, y por ser fecha tan importante acuerdan todos una tregua y los turcos se retiran a hacer sus festejos.

Y aquí aparece otro personaje, narra don Juan, acercando casi su rostro al de la mujer, hasta que sus ojos se empañan con el aliento de ella, y diciéndole que el criado le cuenta a Ruggero que en esa ocasión:

Madrugaba el conde Olinos,
mañanita de San Juan,

canta don Juan,

a dar agua a su caballo

a las orillas del mar.

—Mientras el caballo bebe —responde la mujer, que canta con lo que Laura imagina es una clara voz de soprano:

él canta un lindo cantar,
las aves que van volando
se paraban a escuchar.

Don Juan y la mujer siguen cantando juntos, las manos entrelazadas:

De la torre del palacio
el rey lo oyó cantar:
—Mira, hija, cómo canta
la sirena de la mar.
—No es la sirenita, padre,
que ésa tiene otro cantar:
es la voz del conde Olinos,
que por mis amores va.

«¿Y qué ocurre en ese momento?», pregunta Ruggero al criado, mientras desmonta en el campo de flores.

Don Juan hace un alto, y los dos se miran a los ojos y vuelven a cantar el viejo romance:

—Si éstos son los tus amores,
la muerte les pienso dar.
—Si mis amores se mueren,
yo viva no he de quedar,

cantan don Juan y la mujer.

«Ella es soprano, él es barítono», piensa Laura, mientras canta la mujer, la misma mujer que, embozada, más tarde lo denunciará al tribunal, pero hoy ríe con él.

Y don Juan sigue contándole cómo el criado le dice a Ruggero que con ruegos o amenazas el rey trató de convencer a su hija para que aceptara al gran maestre de los cruzados. Inútil asedio el del padre desesperado,

mientras los turcos seguían asediando su ciudad y continuaban cayendo los defensores.

Finalmente, Amanda confesó la verdad: «No me puedo casar con el maestre porque ya soy de Olinos».

Sonríe con intención la mujer, don Juan simula no haber percibido esa sonrisa y vuelve al criado, que dice a Ruggero que el padre, ofendido en su honor, decidió que mataría a los amantes si ella no renunciaba a él.

«La sentencia se cumplirá en tres días», dice, y la princesa ruega por un caballero que la rescate.

Galopa el buen Ruggero siguiendo al criado hasta el puerto, los dedos de don Juan y los de la mujer tamborilean juntos sobre la mesa.

Así era, dice la mujer embozada al tribunal, lee Laura. Así, sí, sí, de esta manera, agrega la mujer, y sus dedos resuenan sobre la mesa grande del oficial de justicia con una cadencia fúnebre.

Embarca Ruggero en una barca de pescadores, pero de inmediato se desata una terrible tempestad. El viento huracanado barre la cubierta y se lleva lejos la barca y al caballero. Ruggero se desespera: así no llegará a tiempo, y el criado reza pidiendo un milagro. La mujer tiene los ojos muy abiertos mirando a don Juan, rogándole con la mirada que lo salve, que haga cuanto pueda para que el buen caballero alcance a rescatar a la princesa. Las olas son cada vez más altas, los rayos caen en tomo de la barca, la mujer aprieta la mano de don Juan, que sigue narrando cómo Ruggero se persigna y arroja al agua su anillo mágico, el mismo que le regalaran las hadas del bosque. El huracán se calma al instante, la barca sigue navegando hacia Rodas sobre un mar de aceite, ahora a fuerza de remos, porque el encantamiento los ha salvado de la tormenta pero los ha dejado sin viento.

Bogan los pescadores, suda Ruggero abrazado al remo, llora el criado ante el paso de las horas, la mujer acerca cada vez más su cuerpo al de don Juan, hasta que finalmente ven las alturas de la isla entre la niebla y el buen caballero se queda dormido sobre su banco de

remero.

Sonríe la mujer a don Juan y llora después ante el tribunal al recordar esa sonrisa. Anota el oficial de justicia que ella declara haber sonreído en esa ocasión y momento, y Laura sigue leyendo para después contárselo al cura.

Ruggero despierta en un calabozo, los pescadores lo han entregado a los isleños y ahora está en los sótanos del castillo del gran maestro.

«¡Dejadme salir!», grita el caballero desesperado, mientras pasan las horas y la cabeza de la princesa está cada vez más cerca del hacha.

La mujer se muerde los labios, abraza a don Juan pidiéndole que no deje morir a la princesa, y pasa un tiempo infinito, que don Juan dilata sabiamente, hasta que cae la noche y una anciana le dice a Ruggero, a través de las rejas, que reclame por la vieja costumbre.

—¿Cuál es la vieja costumbre? —pregunta el oficial de justicia, y la mujer embozada le dice que, al día siguiente, Ruggero reclama por esa costumbre vieja que no conoce, lo hace y los carceleros lo miran con asombro.

Ruggero insiste, sabiendo que el desconcierto es su único apoyo, narra don Juan levantando un dedo. Hasta que un enviado del gran maestro le informa que la ciudad de Rodas necesita de hombres de armas y que Ruggero se quedará allí para siempre, salvo que logre, según aquella vieja costumbre, salir vencedor en un combate contra doce caballeros de la villa. La mujer suspira aliviada: la guerra es el oficio del caballero, Ruggero usará su espada encantada. Esos doce rodenses no son rivales para él.

Pero eso no es todo, narra don Juan. Porque esa noche, si vence a los doce, y también según la vieja costumbre, el caballero tendrá que satisfacer a doce muchachas tan escogidas como los guerreros a los que se enfrentará durante el día.

La mujer mira a don Juan:

—Aquí termina vuestra historia —le dice—. No hay hombre capaz de la hazaña nocturna.

Don Juan la mira de soslayo, recuerda la mujer embozada ante el tribunal, y le hace señas de que aguarde, que en la vida hay más sorpresas de las que enseñan los libros.

Laura llega al final del folio: la carpeta termina aquí, sin que continúe la historia de don Juan. Laura vuelve a la oficina del cura, y entre los dos remueven cielo y tierra hasta que encuentran las hojas que siguen, archivadas bajo un título equivocado.

La historia del combate es previsible. Ruggero despacha a los doce a fuerza de coraje, con ayuda de su espada encantada. Pero hay algo en la forma en que don Juan cuenta la historia, un hálito sutil que sugiere que quizás él también se haya enfrentado alguna vez a sus doce, y que quizás algún encantamiento rodeara también su propia espada.

—Vencidos los obstáculos —dice don Juan—, Ruggero se pone en marcha a la mañana siguiente.

—Pero, cómo, don Juan —dice la mujer—, ¿y las doce mujeres? ¿Cómo venció a las mujeres?

—Lo callaba por no ofender vuestro pudor, señora —dice don Juan a la mujer, que después lo contará al tribunal.

—Decidlo, don Juan —dice ella—, que soy mujer adulta.

Sigue narrando don Juan cómo esa noche Ruggero se lava la sangre del combate y se prepara para el otro, el más duro y difícil que hombre alguno haya sufrido. Pide una enorme tienda de seda, con una cama tan grande como pudieran llevarle, donde poder echarse a un tiempo con sus doce mujeres, como si esa desmesura fuese posible.

Deja el hierro y viste paño azul y camisa de hilo. Toma un laúd y comienza muy quedo a entonar canciones de amor. Ruggero piensa, narra don Juan, en qué estrategia seguirán los rodenses para impedirle llegar hasta la última.

—No la necesitan —dice la mujer—, salvo que vuestro

caballero también tenga un encantamiento en semejante sitio.

—Astucia, señora —dice don Juan, recuerda después con dolor la mujer embozada—; el caballero tiene bien puesta su natura de varón, pero mejor puesta su cabeza.

Podrían los rodenses mandar primero a una mujer muy fogosa. Porque lo que él puede hacer es satisfacerlas y contenerse, hacerlas gozar sin gozarlas él mismo, hacerlas arder y mantenerse frío, en el punto justo que le permitiera comenzar siempre sin terminar nunca.

Pero si piensan que ésa es su estrategia —y no tiene tantas estrategias posibles—, ellos le enviarán primero una mujer ardiente. Sería una pelirroja volcánica, de tetas desmesuradas, que lo echase sobre la cama inmensa y lo ahogara bajo su peso, oprimiéndole con mano recia las vergüenzas hasta que se derramara en ella.

O jugarían, quizá, la carta contraria: le mandarían una muchacha frígida, una adolescente delgadísima y helada, que lo miraría con ojos indiferentes, mientras él trataría inútilmente de hacerla mujer. Y así durante horas, narra don Juan, para gastarle ese tiempo pequeño, su única noche para hacer gozar a doce mujeres, mientras Ruggero calcula cuántos minutos puede dedicar a cada una de ellas.

«Como una fábrica», piensa Laura mientras sigue leyendo. «¿Acaso don Juan tenía una concepción industrial del amor?».

O quizá le enviaran una mujer que hablara y cantara, una cortesana que lo sedujese con lentitud, que le dijera palabras que iban al fondo del alma, tal vez una poetisa o una actriz, una mujer que jugara al lento ritmo con que los seres humanos están inclinados a hacer el amor.

O una mujer tan sucia, fea y deforme, que él no pudiera excitarse con ella. Una mujer que despidiera un olor tan desagradable que no hubiera forma de acercarse a ella, ni aun apagando las velas. ¿Y en qué orden las enviarían?

Así pues, el tiempo y el cuerpo jugaban en contra de

Ruggero, y fuera cual fuese la estrategia que usaran los rodenses, él perdería su libertad, y al día siguiente la cabeza rubia de la princesa estaría, clavada sobre una lanza, sobre la misma torre desde la que saludara al conde Olinos.

Aunque quizá no tuvieran estrategia alguna, quizá confiaran tanto en la superioridad numérica que no dispusieran a sus mujeres en un orden minucioso, como César a sus legionarios, sino que las mandarían en una horda desordenada, como si fuesen seguidoras de Atila.

En ese caso, Ruggero tendría que improvisar una estrategia diferente para cada una de ellas, sigue contando don Juan, lee Laura.

—¿Y qué hizo finalmente? —pregunta la mujer.

Ruggero abre la tienda y hace pasar a la primera, casi una adolescente de cabellos largos y oscuros, cubierta por una túnica traslúcida. Ruggero le ve los pezones rígidos a la luz de la vela, la curva de las caderas, la taza redonda del ombligo marcándose bajo la seda. Los dos se miran en silencio, y cualquiera que viese la escena pensaría en un acto de seducción, hasta que notara la dureza y el cálculo en las miradas con que los dos comienzan a estudiarse. Don Juan habla de esos ojos clavados el uno en el otro mientras abraza a la mujer y Laura puede contraponer sus miradas, que arden con los ojos fríos de los dos rivales.

Ruggero se acerca lentamente a ella, la adolescente tira la túnica al suelo con un movimiento brusco y se lanza sobre él. Los dos ruedan sobre la cama interminable, la muchacha es pequeña, pero de brazos y piernas firmes. Ella lo empuja de espaldas, lo besa en la boca y después le va mordiendo el cuello y el pecho con ferocidad.

Ruggero se contiene, devuelve los besos suavemente, casi con desgana. Ella le desgarró la camisa de hilo, besándolo y mordiénolo a través de la tela. Ruggero siente clavarse en las tetillas esos dientes parejos y filosos, trata de pensar en otra cosa para contener la erección, y comienza a oprimir los pechos pequeños de la muchacha,

que parecen perderse en esas manos enormes de guerrero.

La muchacha muerde y besa el cuello, los hombros poderosos, le lame las heridas de esa tarde, con una daga le abre de arriba abajo el pantalón de paño azul y comienza a acariciarle el vientre.

Ruggero entiende: la primera mujer es de fuego, la segunda será de hielo, y con ella él se arrepentirá de su pasión de ahora.

Las manos de ella van bajando por su vientre, giran y giran sin llegar a rozar sus partes de varón, y Ruggero siente un deseo intenso de que lleguen, de que esas manos de mujer lo toquen allí mismo donde nace la vida. Y se oye el jadeo inmenso de la muchacha en los oídos de Ruggero, la respiración entrecortada de la mujer que escucha cómo don Juan, apasionadamente, le cuenta la historia, intuye Laura.

Solloza ante el tribunal la mujer embozada, mientras don Juan sigue contando cómo las manos bajan y bajan por el vientre de Ruggero, y en cada vuelta están más y más cerca, pero nunca llegan, como si tuviera mil leguas por debajo del ombligo.

Ruggero se muerde los labios para contener ese ansia de meterse dentro de la muchacha y acabar en un instante. La vuelca de costado y comienza él a besarla en las manos y los pezones, en las nalgas y en el húmedo hueco del vientre.

La muchacha empuña el miembro de Ruggero como si fuera una espada, narra don Juan, y él le separa las manos y se las amarra con las hilas de su camisa. Vuelve a besarla en el vientre, la boca del hombre contra los labios de abajo de la mujer atada, la barba rubia se confunde con el vello negro, el jadeo de la muchacha se transforma en ronquido y Laura se separa del legajo cuando siente que le brota una humedad por entre las piernas, que no le mencionará después al cura.

Laura reinicia la lectura, la muchacha se debate a gritos bajo la boca de Ruggero, pero él avanza y retrocede, llega casi hasta el límite y se detiene para

permitirle reponerse y vuelve una vez más hasta llegar al límite, y así sigue, con implacable ferocidad de guerrero, la muchacha rugiendo de deseo, de un deseo tan intenso que le duele en el cuerpo y en el alma, debatiéndose bajo las ataduras, y la sabia lengua de Ruggero enloqueciéndola en la exacta medida.

Ruggero la deja, abre la puerta de la tienda y hace entrar a la siguiente. Efectivamente, narra don Juan, es una mujer de hielo. Cuando Ruggero la mira a los ojos comprende que no habría tenido ninguna posibilidad de entibiársela. Pero no es necesario, sigue leyendo Laura, ya que Ruggero desata a la muchacha de fuego y la lanza enceguecida sobre la de hielo. La muchacha la voltea sobre la cama, la desnuda en un solo movimiento y empieza a gozarla con tal violencia que la otra lanza un gemido por primera vez en su vida, y se le despiertan sus partes resacas, le florecen los pechos y el aire le falta cuando el suspiro se le vuelve jadeo.

La mujer embozada llora ante el tribunal, don Juan sigue contando mientras acaricia los pechos de la mujer, que se deja caer hacia atrás, Ruggero mira a la muchacha de hielo y la muchacha de fuego entrelazadas en un solo jadeo en la cama inmensa, levanta el laúd y se acerca a la puerta de la tienda para hacer pasar a la tercera, dice don Juan a medida que su mano recorre el cuerpo de la mujer.

Casi al filo del amanecer, la tienda es una confusión de brazos y piernas entrelazados, once mujeres besándose, palpándose, compartiendo el sabor ácido de sus femineidades unas, durmiendo las otras, ajenas ya a ese pulpo de cuerpos de mujeres que se debaten juntas, jadeando a ritmos diferentes, ya sin saber quién lo hace con cuál, sino que lo hacen entre todas y cada una de ellas consigo misma. Ruggero se pone de pie con lentitud extrema, hace pasar a la última mujer y, ahora sí, le hace el amor y se queda plácidamente dormido.

Don Juan se quita la gorguera y afloja el vestido de ella, todo bajo el fondo de sollozos de la mujer embozada ante el tribunal.

«Está encinta», piensa decirle Laura después al cura, y cierra el legajo.

Olores de santidad

—Les cuenta historias para seducirlas —dice Laura—. El expediente tiene infinidad de relatos eróticos que hasta ahora no me aportan demasiado. Quizá, si los viésemos juntos, podríamos sacar algo en limpio. Pero no sé si usted tiene interés en escucharlos.

—¿Cree usted que los curas no conocemos de esos cuentos? —dice el cura—. Pues usted ha de saber que en Sevilla todavía hay fantasmas de la época de Don Juan. Tengo una beata que viene al confesionario a decirme cuentos obscenos, y aporta tanto dinero que hasta hoy no he podido mandarla al carajo, sino que mi oficio es escucharla pacientemente cada vez que llega con su mantilla negra, se persigna tres veces, por si Dios estuviese distraído en el momento de la primera, y comienza a contar: «¿Sabe usted, padre», me dice, «qué horror acabo de oír?».

»Y aquí comienza la mejor contadora de historias obscenas que jamás haya usted imaginado, esta beata que se cubre con la mantilla y se pone la dentadura postiza después de un avemaría y me cuenta con lentitud morosa historias que dice haber escuchado casualmente en su barrio, en las que yo reconozco la mano lejana del Arcipreste o, a veces, la aún más distante de Giovanni Boccaccio. ¡Y es que el erotismo recurre tanto, señora mía!, quizá porque a nuestro pesar no hay demasiadas formas de unir a un hombre con una mujer; y tanto recurre que a veces la castidad no es real vocación sino simple aburrimiento.

»De manera que el confesionario tiene algo de arqueológico, ya que mi beata me cuenta historias, de cientos de años de antigüedad, como si las hubiera oído

ayer.

—Quizá sea cierto —murmura Laura—; quizá no podamos aprender de los demás y cada hombre tenga que repetir el camino de la especie.

—Mi beata —dice el cura sin oírla— cuenta, en tono de contrición, historias que son caricaturas de hombres y mujeres.

—¿Por qué caricaturas? —pregunta Laura.

—Porque sólo tienen genitales, y además genitales estériles. Ninguna otra función vital, ningún otro pensamiento, ningún otro sentimiento les embarga. Ella habla y habla, sin usar nunca el lenguaje figurado. Cada vez que llega a una descripción cruda, a una palabra soez, se persigna tres veces como tomando aliento, y después las dice a toda velocidad, como queriendo decir que, si las dice tan rápido, en realidad casi no las está diciendo.

—¿Cómo son esas historias? —pregunta Laura—. Porque tal vez pudieran ayudarnos a entender más la estrategia de Don Juan. Y si nos ponemos en la cabeza de Don Juan, las amenazas podrían hacerse más comprensibles.

—Son infinitas variantes de la misma historia —dice el cura—. A veces él quiere y ella no quiere, y la historia son las formas que tiene de lograr el deseo de ella. Entonces la beata se revuelve en el confesionario, no puede estar hincada, se levanta, se envuelve en la mantilla como si fuera una capa, ahueca la voz sintiéndose don Juan Tenorio y se seduce a sí misma.

»Otras, ella quiere y él no quiere, que cuando los dos quieren no hay historia para contar. Entonces, ella me seduce a mí. Es una voz acariciadora que trata de agarrarme en el lugar de esa hombría contenida, en la perpetua tensión entre la fe y el deseo.

»La beata es vieja y reseca, interrumpe cada párrafo subido de tono para persignarse, y, sin embargo, hay un profundo erotismo en ese escenario que simula ser una confesión y que, en realidad, es el reclamo de amor de una hembra desesperada. Me habla desde el otro lado de

mi ventana enrejada, y yo la escucho como desde dentro de una jaula, mientras ella narra y narra historias de mujeres que se desnudan en las plazas, dejando que el sol les acaricie el ombligo y las palomas se les apoyen sobre el vello del sexo.

»Esa voz de mujer me envuelve en palabras húmedas y llenas de deseo, la boca apoyada sobre la reja, como si esperase que yo la besara. Cuenta sus historias simulando indignarse: ¡el mundo está tan lleno de pecados! Sin embargo, la suya es una voz que insinúa en la penumbra, que lo hace impunemente porque sabe que yo nunca atravesaría la reja para tocarle una teta, pero lo que hace es excitar mi deseo, y esas son las reglas del juego que me ha impuesto.

»Ella narra y narra, se agita al contar, y en algún momento comienza un jadeo, al principio dudoso; le cuesta respirar, parece asmática, y después es más hondo y más hondo cada vez, hasta que comienza a quejarse muy quedo, y su quejido sube y sube y sube y finalmente soy testigo de un soberbio orgasmo que resuena como una campanada en la iglesia vacía; un orgasmo a gritos, con la mujer caída en el suelo y aferrada a la reja del confesonario, arrastrada por un vendaval desatado por su propia voz.

»De manera que es creíble —sigue diciendo el cura—. Puede ser que Don Juan las sedujera contándoles esas historias. O tal vez él se excitara escuchando su propia voz.

—Con esa voz, padre —dice Laura—, don Juan Tenorio es capaz de seducir a una mujer hablándole del sexo de los ángeles.

La verga del ángel

«Testimonio de doña Inés de Sepúlveda contra don...», corrige Laura el nombre, «contra don Juan Tenorio, a quien acusa de haber cometido una seducción y un crimen».

¿No es verdad, mi ángel de amor,
que en esta apartada orilla,
la Luna mucho más brilla
y se respira mejor?,

dice don Juan, narra Inés al tribunal, y ella hoy no recuerda cómo se encontró preguntándole por los ángeles, y si acaso ella se les parecía.

—Son altos y hermosos —dice don Juan—. Tienen el aspecto de hombres muy jóvenes, la tez blanca, los ojos azules. No usan barba ni bigote y su piel es suavísima.

—¿Cuántos son ellos? —pregunta Inés.

—Algunos dicen que dos: los arcángeles Miguel y Gabriel. Otros que cuatro, o que siete, o que infinitos.

Mensajeros del Bien, explica don Juan, portadores de la Buena Nueva del embarazo de María, salvadores de hombres o advertidores del peligro, a veces el aire se llena de estos alados voceros de Dios. Otras veces están allí, protegiendo a las niñas de los malos pensamientos, tratando de que no insistan en tocarse sus partes de mujer, y están allí sin que lo sepamos, apenas intuyendo su presencia.

—¿Son corpóreos? —pregunta Inés, y don Juan dice que hubo grandes debates entre los teólogos, y algunos aun discutieron sobre cuántos de ellos podrían ponerse sobre la cabeza de un alfiler. Cuestión imprecisa, si las hay, ya que no dijeron si se trataba de los delgados

alfileres de Francia, o los de Verona, notoriamente más grandes.

Esto afirmaría su corporeidad, lee Laura, ya que tienen cierto volumen, aunque la cifra finalmente adoptada — tres mil ángeles, con independencia del tamaño del alfiler — habla de una materia extremadamente sutil.

—¿Son hombres o mujeres? —pregunta Inés, y Laura trata de discriminar por qué la Inquisición ha recogido este testimonio con tanta minuciosidad, y qué quiere decir esta mujer al delatar a un hombre por una conversación sobre el sexo de los ángeles.

Para los moros, explica don Juan, la cuestión no ofrece dudas. Cabalga Mahoma por el desierto, las piernas cruzadas sobre el lomo de su camello, yéndose a predicar de oasis en oasis los mandamientos de Alá.

«Hay un solo Dios», dice Mahoma, cuenta don Juan. «No hay más que uno y no admite que lo representen en pinturas ni en estatuas». Un solo Dios, es cierto, creador de todo lo que existe, asienten los reseco beduinos del desierto, que aceptan la voz del Profeta y destruyen sus ídolos. Un solo Dios, dicen todos, y sin embargo, al entrar Mahoma en las tiendas, las ve llenas de imágenes de diosas paganas, desnudas y aladas, pintadas en posiciones tan sensuales que, al verlas, los hombres olvidan sus oraciones y equivocan los sentimientos de la fe.

«¿Qué son estas figuras paganas?», ruge Mahoma. «¿Acaso no dijimos que hay un solo Dios?».

«Por supuesto», le contestan los beduinos. «Hay un solo Dios y nosotros lo veneramos. Pero éstos son sus ángeles».

Recorre Mahoma la Arabia entera, y encuentra en todas partes altares con ángeles desnudas, con las piernas abiertas y unos sexos tan desmesurados que podrían confundirse con sus alas. Predica en contra de los falsos dioses, y los beduinos responden: «Los ángeles son mujeres porque son las hijas de Dios».

Se enfurece Mahoma: «¡Dios no tiene hijos!», les dice.

No le creen. Ellos han visto las imágenes. Esas mujeres

tan hermosas y sensuales sólo pueden tener un origen divino. Mahoma contraataca: les habla de las huríes del paraíso, almas de mujeres que nunca han pasado por el mundo, creadas para satisfacer los goces de los creyentes. Los beduinos aceptan a las huríes, pero insisten en considerar a las ángeles como hijas de Dios. Finalmente, Mahoma encuentra el argumento justo:

«Si Dios hubiera querido tener hijos», les dice, cuenta don Juan, «habría tenido hijos varones». Finalmente, asienten los beduinos, pudiendo elegir, ¿para qué habría Dios de cargar con tantas hijas mujeres?

Pero nosotros, sigue don Juan, no tenemos ese argumento. Por eso fue tan dura la discusión en Bizancio.

La ciudad estaba, como siempre, sitiada por los turcos, y llovían sobre ella brea ardiente y piedras enormes. Grandes nubes de humo rodeaban la sala en la que, con los ojos llorosos y tosiendo, cien tratadistas convocados por el emperador discutían la cuestión.

San Nicolás dijo que, si eran tan hermosos como se los describía, sólo podían ser femeninos, ya que Dios había querido que la belleza extrema fuera atributo de mujer. Se los nombra como si fueran masculinos por la importancia de su misión, pero deberíamos devolverles sus nombres de hembras y llamarlos el ángel Micaela y el ángel Gabriela.

Los ojos de don Juan brillan en la penumbra, intuye Laura. Inés asiente:

—Sí, sí, los ángeles son femeninos, y las túnicas ocultan sus pechos rosados. He visto, en una iglesia — sigue Inés—, dos ángeles inclinados en el rezo, a los que se les marcaba perfectamente la redondez del busto.

A veces, cuenta don Juan, usan estatuas griegas y ponen como ángeles a esas diosas que siempre parecen a punto de hacer el amor. Por algo la Iglesia de Bizancio se niega a admitir esculturas sacras en los templos, pues dicen que cualquier representación del cuerpo humano invita a la sensualidad y al paganismo. Por eso, en los muros de las iglesias de Bizancio, desde imágenes

hieráticas y absolutamente planas, sale la mirada de un Dios severo, que amenaza con el Juicio Final a aquellos que descubran lo que tienen de la cintura abajo.

Inés sonríe y se cubre los ojos con una mano, intuye Laura. Don Juan la mira.

—¿Cómo era la mirada de don Juan? —pregunta el inquisidor.

—Como la de un hombre que estuviese perdidamente enamorado de mí —dice Inés.

Y cuando el inquisidor, a quien quizá nunca hayan mirado con amor, quiere saber cómo era esa mirada, Inés le habla del estado de éxtasis de algunas imágenes de santos, con esa expresión inefable de haber visto el más allá.

Laura se pregunta si don Juan tendría alguna otra forma de mirar a una mujer, y, sin embargo, trata de imaginar esos ojos mirándola a ella, con esa expresión de deslumbramiento provocada por su presencia. Laura baja el legajo y cierra los ojos. Desde el fondo de sus párpados, don Juan la está mirando, se quita el sombrero con la pluma roja y le hace una reverencia mientras le habla de amor. Laura imagina a don Juan desnudo, penetrándola con una delicadeza infinita, mientras, muy quedo al oído, le dice versos.

«Yo quiero que me traten así», murmura, «aunque sea mentira».

Ahí hay una pista enorme, siente. Las mujeres saben que don Juan les está mintiendo.

«¡Se equivoca Tirso!», le dirá después al cura. «¡Se equivoca por completo al rodearlo de ingenuas damitas seducidas! Una promesa de matrimonio, y ¡paf, a la cama! Después, don Juan se levanta, se cierra la bragueta, saluda a la muchacha deshonrada y desaparece para siempre, mientras ella llora a gritos su vergüenza, en vez de ocultarla por si no le llegara a crecer la panza. ¡Eso no tiene sentido, padre!», le insistirá al cura. «¡Esas mujeres saben perfectamente ante quién se encuentran! Y ése es su atractivo. En todo caso, se acuestan con su fama de

seductor, antes que con él mismo. ¿O es que Tirso se cree que las mujeres somos unas imbéciles?

»¿En qué consiste entonces», se pregunta Laura, «el misterio de esta seducción en la que nadie es engañado? Y si no hay mentiras, o si la mentira es tan visible que no engaña, ¿por qué desemboca en tragedia?».

Laura suspira y vuelve al legajo. Inés cuenta al tribunal que, al taparse los ojos en un gesto de pudor, don Juan apoyó su mano sobre la de ella, y ella sintió sobre sus ojos el latido de las dos manos juntas. Desde la oscuridad, Inés escucha a don Juan, que vuelve a hablar del concilio de Bizancio, en el que san Eleuterio defiende la masculinidad de los ángeles.

«Los ángeles nos vienen del Antiguo Testamento», dice san Eleuterio, narra don Juan a Inés, explica Inés al tribunal, lee Laura en el legajo, «y la ley judía habla de la impureza lunar de la mujer. Si ni un rabí, y ni siquiera un hombre piadoso, puede acercarse a una mujer cuando ella está con su costumbre mensual, ¿cómo pensar que es un mensajero de Dios? ¿Acaso Dios se acercaría a una mujer en estado impuro para darle sus órdenes? Y si así no fuera, ¿deberían esperar las órdenes de Dios varios días hasta que las ángeles cesaran su flujo de sangre? Y si a pesar de todo, Dios emplease ángeles en esos días, ¿habrían ellas de andar volando y salpicando la tierra y a las gentes desde el cielo con la sangre de su menstruó? Lo cual sería de una peligrosidad inaudita, porque es sabido que el contacto con esa sangre puede hacer secar los árboles, enrojecer los lagos y esterilizar el suelo. No, no», concluye san Eleuterio, «los ángeles sólo pueden ser varones. Y el concilio aprueba que no son mujeres». Pero, pregunta don Juan, ¿son hombres o acaso no son ninguna de las dos cosas? ¿Para qué alguien que es sólo un mensajero, que ha sido creado especialmente para ser un mensajero, necesita tener algo entre las piernas? ¿No será que los ángeles son, en ese lugar, tan lisos como las muñecas de juguete?

Inés mira fascinada a este hombre que le cuenta

historias antiguas, donde lo erótico crece a un ritmo lentísimo, tanto que a veces ella misma quisiera apurarlo, pero no, que uno de los secretos de don Juan parece ser el tener un tiempo infinito para seducir a cada mujer.

Pero san Ildefonso, narra don Juan, argumenta que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios. Y si hablamos del dedo de Dios tocando a los elegidos, hemos de convenir que también Dios tiene un cuerpo y, por ende, tiene sus partes de varón, como las tenemos quienes hemos sido hechos semejantes en todo a Él.

«¿Acaso no festejamos el primero de año», dice san Ildefonso, «la circuncisión del Señor? ¿Y dónde se ha visto que un Hijo fuese distinto de su Padre? Por tanto, Dios es varón como nosotros, macho de la cintura abajo, y, si hemos de presumir coherencia en la Creación, también sus ángeles son varones, y no afeminados, como suelen pintarlos, sino fuertemente bragados y con sus cosas bien puestas».

Acepta el concilio la masculinidad de los ángeles, le había dicho don Juan, dice Inés al tribunal, pero resta aún una dura cuestión teológica: ¿la ejercen? Y si lo hicieran, ¿lo hacen por voluntad propia o por mandato divino, como parte de su oficio de mensajeros?

Y aquí hablaron dos obispos que se adherían a la herejía stefanita, los que sostenían que el ángel de la Anunciación había ido por orden del Señor a embarazar a María como lo habría hecho cualquier hombre con cualquier mujer, discutiéndose si ella lo recibió con un goce místico o carnal, o con qué mezcla de ambos.

El concilio, agrega don Juan, terminó condenando esta herejía por contradecir dogmas muy arraigados, y diecisiete monjes stefanitas, que se negaron a abjurar de ella, fueron colocados sobre las murallas y expuestos a las flechas de los turcos. Alineados sobre las almenas, todos ellos abrieron sus sotanas para morir mostrando al enemigo sus partes de varón, como si fuesen ángeles, en una magnífica erección que sostuvieron hasta caer acribillados uno tras otro, con el miembro levantado

como una flecha más clavada en su cuerpo.

—Al menos, ellos lo exhibieron —dice Inés, en un tono que Laura intuye insinuante—, ya que, por lo visto, los ángeles ni lo muestran, ni hacen el amor.

Hay un episodio, sin embargo, cuenta don Juan, dice Inés al tribunal, muy curioso, que sugiere que lo lamentan.

«¿Por qué?», se pregunta Laura, y le relatará después al cura, «¿por qué este relato tan minucioso? ¿Qué quiere decirle Inés al tribunal, qué quieren decirle estas mujeres que van a la Inquisición y que narran detalladamente la historia, en vez de decir: “me sedujo con promesas de matrimonio”?».

Laura va entendiendo poco a poco, y cada comprensión le agrega matices nuevos. La seducción es un clima, cierto aire mágico que crean la voz y el relato. ¿Y si, como sugiere el cura, el relato no fuese para ellas, sino para él mismo? ¿Si necesitara del sonido de su voz para seducirse a sí mismo? ¿Si su cuerpo sólo respondiese ante sus propias palabras y no ante la desnudez de una mujer?

—Don Juan no excita la sexualidad —le dirá después Laura al cura, asustado por nuevas amenazas—. Don Juan no toca a las mujeres, no las abraza, no les acaricia ninguna zona erógena. Sólo les habla, y esa palabra permite que aflore el erotismo de ellas. Estoy segura de que son ellas las que lo llevan a él a la cama, después de oírlo.

—¿Y la mentira? —le preguntará el cura—. ¿No se daban cuenta de que él les estaba mintiendo?

—Hace varios días —le dirá Laura— que me ronda el tema de la mentira. Sí, se daban cuenta. Creo que en esto está el secreto.

—¿Cómo puede uno dejarse engañar si sabe que lo engañan? —dirá el cura.

—¿Usted nunca ha visto la propaganda política? —

dirá Laura—. ¿O se cree que los votantes no saben que los candidatos mienten, y que ellos tienen que elegir cuál es la más hermosa variante de la misma mentira? Eso es lo que no entendió Tirso de Molina. Tirso lo llama «el burlador de Sevilla», y pone el acento en las mujeres que confían en su palabra. Pero Tirso era, antes que nada, un moralista. Si hubiera intentado bucear en el alma humana, simplemente se habría mareado. Le debemos el mito del Tenorio, y está claro que quedó muy impresionado por lo que escuchó en el tribunal. Pero no va más allá de lo evidente. No, no, padre, Tirso no entendió a Don Juan. Lo pone riéndose a carcajadas como los peores villanos de Hollywood: «¡Ja, ja, ja! ¡Las burlé!». Se queda en la maldad por la maldad misma, sin entender el carácter trágico del personaje.

—¡Pero el mal existe! —gritará el cura—. ¡Este hombre tiene cola y cuernos! ¡Por algo me siguen amenazando de muerte! Y por algo —agrega en voz baja — me hace pensar en lo que mi voto de castidad me prohíbe.

—En la vida quizás exista el mal —dirá Laura— pero en la buena literatura no. Acuérdesse de Shakespeare. Hasta un personaje horrible como Macbeth tiene sus razones, que podemos entender y que nos suenan entrañablemente humanas. Nada de eso pasa con el Don Juan de Tirso.

—¿Y Molière? —preguntará el cura—. ¿Acaso Molière puede darnos una pista sobre esta carta amenazadora?

—Tirso —dirá Laura— cree de veras en la moral tradicional y en el castigo del cielo para los libertinos. No olvide usted que Tirso era cura, con perdón, y que creía en el carácter ejemplarizador del teatro. O quizá temiera que, si no lo llenaba de moralejas, no le habrían dejado seguir con ese oficio tan infamante. La cosa es que Tirso necesita decir que si uno anda follando por ahí con cualquiera, enseguida vienen los fantasmas y se lo llevan al infierno. Y, además, está la seducción del fantasma. Tirso necesita crear un clima particular para hacer

aparecer el espectro justiciero en escena, y se fascina tanto con el buen muerto que se olvida de los vivos.

»Pero Molière es otra cosa —seguirá diciendo Laura—. Para Molière, el discurso moralista es solamente un recurso escénico, una forma de ir creando un *crescendo* en el que le digan al personaje que basta de acostarse con mujeres, que se le viene encima la cólera divina. Pero Molière ni siquiera piensa en la naturaleza de la seducción, ni se pregunta por qué las mujeres aceptan la mentira. Aquí hay algo mucho más sutil, que ninguno de los dos contempla.

—¿Cómo verlo? —preguntará el cura.

—Piense usted en el teatro —le dirá Laura—. Es curioso que dos hombres de teatro no hayan reflexionado sobre la naturaleza de la seducción. Porque lo que nos fascina del teatro es que sabemos que no es cierto. Cuando estamos en la sala, nos quedamos pendientes de esa ilusión, de los más mínimos gestos y susurros de los actores, cuando escuchar en otro lugar una conversación semejante sólo nos provocaría fastidio.

»Así pues —agregará Laura—, el secreto de Don Juan es el mismo del teatro: la fascinación que provoca la minuciosa construcción de la mentira. Piense usted en un prestidigitador: nosotros no creemos en la magia, sabemos que miente. ¿En qué consiste su encanto? ¿Por qué no podemos dejar de mirar el escenario, y de maravillarnos con los conejos que salen del sombrero y fascinarnos con la resurrección de la mujer serrada en dos? Porque sabemos, precisamente, que la magia no existe; que no hay ninguna posibilidad de que exista, y eso nos resulta doloroso, pero por suerte ese hombre está construyendo una mentira para nosotros. Es el gesto teatral del que engaña a quien quiere ser engañado, que va al teatro e incluso paga una entrada para que lo engañen, que pide desesperadamente una falsedad hermosa, en medio de tanta realidad brutal. Las mujeres, padre, necesitamos de un hombre que nos diga: “Te quiero para siempre”, aunque sepamos que la única

verdad posible es: “Te quiero por el tiempo que dure”.

Laura retoma el legajo en el punto en que don Juan le habla a Inés del lamento de los ángeles por su castidad forzada, ya que también los ángeles fueron creados con la sangre ardiente y con esa pasión que los impulsa a meterse dentro de una mujer, y hubo un momento, un único momento, en que el cuerpo fue más fuerte y se dejaron llevar por ella.

—¿Cuál es ese episodio, don Juan? —pregunta Inés.

Y don Juan habla, claro, de Sodoma y Gomorra, las dos ciudades que vivían felices en orgía perpetua hasta que se levantaron las voces de la envidia, y tanto las envidiaron sus vecinos que este reclamo llegó hasta el cielo.

—Es que Dios aprueba la castidad —dice Inés.

—Porque Dios mismo es casto —dice don Juan, quien agrega que Dios es inmortal, y que no sufre esta angustia humana ante la finitud, que sólo puede paliarse cuando dos se unen tan estrechamente que se sienten uno solo, y el cuerpo de uno es la continuidad del cuerpo del otro.

«Aquí quizá se tomen de la mano», se dice Laura, mientras el legajo amarillento sigue mostrando la voz de Inés ante el tribunal, tratando de reproducir la otra, la de don Juan Tenorio, hablándole del erotismo como única defensa ante la muerte, como lo hacían en Gomorra y Sodoma, ciudades cuyos sabios habitantes entendían lo breve que es la vida y cómo lo mejor que podían hacer en ella es el amor.

Pero en las vecindades de Sodoma había un pastor de ovejas llamado Abraham que era un amargado, incapaz de gozar de la vida y de su mujer, que no le dio hijos durante tantísimos años porque él no iba a buscarla para hacerlos. Y este Abraham fue a delatarlos ante Dios y le pidió salvar a su amigo Lot a cambio de la delación, lo que le fue concedido. Lot era tan reseco y amargado como Abraham, por lo que se encerraba a quejarse y gruñir

mientras los alegres habitantes de Sodoma se pasaban el día bailando desnudos por las calles, iluminados por antorchas al son de las flautas de Pan, haciendo el amor en los jardines bajo la luna llena, que para los antiguos era la diosa del sexo.

«Las manos están firmemente entrelazadas», intuye Laura. Don Juan habla, con la mirada ausente, e Inés comienza lentamente a acariciarlo.

En ese momento llegan los ángeles que Dios envía para avisarle a Lot a fin de que escape antes de que caiga fuego del cielo. Imagina la escena, narra don Juan: bajo la luz de la luna están los sodomitas desnudos y borrachos, y de pronto les caen del cielo los arcángeles Miguel y Gabriel, dos donceles hermosísimos, que intentan abrirse paso entre la multitud. Los sodomitas los abrazan, los besan, los retienen, los hacen girar con ellos en el baile. Protestan los ángeles, diciendo que ellos vienen de parte de Dios, pero los sodomitas son paganos y siempre han contado con sus dioses para las orgías.

Una mujer alta, cubierta solamente por su cabello rojizo, en la que resalta como una llamarada el vellón rojo del pubis, acaricia al ángel Miguel en las alas y lo besa en la boca. Y es un hombre, hirsuto como un sátiro, el que se acerca al ángel Gabriel, le abre la túnica y comienza a acariciarle sus partes de varón.

En ese momento, Lot ve la escena desde su ventana, se desespera porque sabe que los ángeles vienen a verlo a él y teme la venganza de Dios por no haber sabido ser hospitalario con ellos. Allí Lot comete una acción aún más abyecta que la delación de Abraham: les entrega a su mujer y sus hijas, para distraerlos y que abandonen a los ángeles.

—¿Y ellos? —pregunta Inés, que mordisquee suavemente las manos de don Juan, mientras lo mira a los ojos.

Tres mujeres en la multitud, cuenta don Juan, son apenas una gota en el mar. Las rodean, las desnudan en un instante y, como no pueden esperar a turnarse, las

penetran de dos en dos, por delante y por detrás, mientras un tercero las acaricia donde puede, y otros las tocan o los penetran a ellos, en una confusión tal que los ángeles quedan paralizados, ya que ellos estaban acostumbrados a sitios demasiado ordenados.

Laura escucha el jadeo de la mujer a través del papel amarillento. Los ojos de Inés se pierden en alguna parte, mientras le crece el deseo y sus manos se apoyan en las piernas de don Juan.

—¡Esto es herejía! —grita el alguacil, tal como consigna puntualmente el expediente firmado por ese oscuro Tirso de Molina.

—Que yo recuerde —dice el inquisidor—, no hay dictamen pontificio sobre la carnalidad de los ángeles. Por ese lado, es difícilmente incriminable. Por supuesto, usar la historia sagrada para excitar la lascivia debería ser un delito, pero no está tipificado como tal, quizá porque a nadie se le ocurrió hacerlo hasta ahora.

—¿Qué pasa con los ángeles? —pregunta Inés con la voz enronquecida.

Los ángeles son poderosos, cuenta don Juan. Al día siguiente serán capaces de destruir las dos ciudades ellos solos, y lo harán con una rabia especial, que les surge por haberse dejado arrastrar por la orgía. Porque en ese momento los lleva el deseo, y Lot, inmóvil desde su ventana, es el único hombre que está sobrio en toda Sodoma, y mira y comprende lo que está viendo: las caricias de tantos hombres y mujeres despiertan la carne dormida de los ángeles. Miguel y Gabriel arrojan sus túnicas al suelo y hay algo deslumbrante en los dos hombres alados en plena erección, los miembros gigantescos y sobrehumanos penetrando a hombres y mujeres sin cansarse, dejándolos rendidos y satisfechos, a ellos que parecían insaciables, caídos como después de una borrachera, mientras los miembros ardientes de los ángeles abren una ancha fila entre sodomitas y gomorranos, cuenta don Juan, en tanto las manos de Inés lo aprisionan firmemente por los cojones.

Desata Inés los pantalones y las bragas de don Juan, y lo hace con lentitud, acariciándolo a él mientras manipula cordones y cintas, y después le besa minuciosamente sus partes de varón, de abajo arriba, sintiéndolo latir y crecer más y más, hasta que lo empuña con las dos manos y empieza a chuparlo, mientras don Juan habla de esos ángeles desafortunados tras mil años de castidad, que se meten en todos los hombres y mujeres de Sodoma bajo la espantada mirada de Lot, el único que no se atreve y que desde su ventana ve cómo el arcángel Gabriel llega hasta su mujer violada rutinariamente un par de veces, narra la voz de don Juan, ya con la respiración entrecortada, mientras Inés chupa con más y más fuerza, apoyada sobre las piernas de don Juan, el ángel voltea a la mujer de Lot y la hace gozar por única vez en su vida, hasta tal punto que el día de la tragedia, cuando bajaba el fuego sobre Sodoma y Gomorra, la mujer de Lot volverá la cabeza para mirar una vez más al ángel que la hizo feliz, mientras cae del cielo esa lluvia de fuego que sale de las entrañas de don Juan, y doña Inés separa la boca del miembro para recibir el chorro de espermatozoides en pleno rostro.

«Y todo este relato tan minucioso», piensa Laura, «para después decir que don Juan se vistió muy lentamente, besó y acarició a Inés muchas veces y, embozado en su capa, se dirigió a la calle. Al pie de la escalera se topó con el padre de Inés, quien, sorprendido, comenzó a dar voces. Y ése fue el comienzo de la catástrofe», le dirá después Laura al cura, «y tendremos que estudiar por qué este personaje está marcado por la tragedia, ya que don Juan, sin vacilar, disparó al padre de Inés un pistoletazo en la cara, matándolo de inmediato».

Anota el inquisidor que, si bien la voz de Inés es lúcida y coherente, ella muestra signos de desvarío en la mirada y el arreglo de su persona, en la forma de llevar ese luto que parece una fiesta, o en el confundir la risa y el llanto al declarar ante el tribunal. Una nota al pie da cuenta de la muerte de Inés días más tarde, de una

dolencia imprecisa que, «en atención a su pertenencia a familia muy principal», dice el notario, «se evitó investigar si había sido enfermedad o suicidio».

Laura aparta los ojos del legajo, y en ese instante un balazo hace estallar el cristal de la ventana y se estrella en la lámpara, dejándola a oscuras.

Erotismo incesante

—¿Qué quiere decir este erotismo incesante? — pregunta el cura—. ¿Qué tiene que ver el erotismo con la muerte? ¿Por qué estas amenazas? ¿Qué absurdo camino estamos tomando, usted y yo, para que nos disparen por poseer un documento de hace casi cuatro siglos? Y al mismo tiempo, ¿qué otra defensa tenemos que tratar de entenderlo?

Laura ha intentado huir de una pesadilla en la que el fantasma de don Juan Tenorio la viola en una biblioteca («Y, sin embargo, me hubiera gustado», se dice Laura), pero en la pesadilla siguiente unos encapuchados la fusilan en algún remoto país sudamericano. La puerta del cura ya ha recibido media docena de balazos y alguien depositó una carta del Tarot —la número XIII, la Muerte— en la alcancía de limosnas: un esqueleto de cartón, con una guadaña en la mano, que corta cabezas campesinas y coronadas.

—Quieren decir que matarán a quien sea —dice el cura.

—Pero lo que me enloquece de esta situación es que no nos dan instrucciones: «Quemen el legajo», o «Depositen el dinero debajo de un puente». No. Simplemente la Muerte, ni una palabra más —dice Laura.

—Supongo que hablarán cuando nos hayan asustado lo suficiente —dice el cura.

—Pues a mí ya me sobrestiman —dice Laura—. Creo que tengo bastante, pero no me dicen qué esperan de mí. ¿Seguimos suponiendo que se debe al legajo?

—¿A qué otra cosa? —pregunta el cura.

—En tal caso, sigamos con lo nuestro —dice Laura—. A estas alturas, me parece claro que estamos ante el

verdadero don Juan Tenorio. Lo que empezó medio en broma va tomándose en serio: si hubo un personaje histórico que diera origen al mito, es éste.

—¿Y las fechas? —pregunta el cura—. ¿Acaso coinciden las fechas?

—Los mitos no tienen fechas —dice Laura— ocurren siempre en tiempo presente. En este preciso instante, Moisés está cruzando el mar Rojo y Edipo se acuesta con su mamá; y ahora mismo don Juan Tenorio está procurando hacerme el amor mientras nos disparan por la ventana. La cronología no importa. El proceso y el expediente que poseemos son de 1612. Zorrilla ambienta su obra entre 1545 y 1550. Los demás no suelen dar fechas, pero eso importa poco. ¿Acaso nos dice algo el año real en que Ulises regresó a Itaca?

—No coinciden, por supuesto —dice el cura—, pero no hay ninguna duda de que es el mismo hombre. Entonces, ellos saben que su famoso antepasado dio origen al mito y quieren proteger su memoria de hombre de bien. ¿Para qué seguir leyendo? Comprenda usted mi estado de ánimo: estamos amenazados de muerte, las autoridades no hacen caso de mis denuncias, ¡y nosotros hablando de literatura!

—Sin embargo —dice Laura—, ¿qué otra cosa podríamos hacer sino tratar de entender este legajo?

—¿Sabe usted? —dice el cura—, cuando yo era adolescente le tenía terror a los exámenes de literatura. Lope, Cervantes, el Cid, están asociados siempre a un sudor frío, a una amenaza de diarrea incontenible. ¿De quién es *La Galatea*? ¿Qué diantres será un endecasílabo? Dígame, alumno: ¿qué es un gerundio: un tiempo verbal o un cortesano de Felipe II?

»Era desesperante tener que pasar el examen, pues en eso me iba la vida. ¿Quién iba a pensar que ahora nos va de veras la vida si no aprendemos bien el *Don Juan Tenorio*? Volvamos, pues, al mago del erotismo continuo, al hombre del pene de oro.

—No —dice Laura—. Don Juan no es un personaje tan

erótico como parece.

Y ante los ojos atónitos del cura, que piensa que bastaron apenas tres balazos y un par de amenazas de muerte para volverla loca, Laura despliega sus libros y comienza a explicar.

—Por una vez —dice Laura—, el que entendió esto es Molière. Sí, sí, Molière, como hombre de teatro, sabía algo sobre la seducción y, por lo menos en esto, acertó. Escuche usted, padre, que es el Tenorio de Molière quien habla: «Los amores que empiezan tienen un encanto inexplicable», y agrega que «no hay mayor delicia que vencer la resistencia de una mujer hermosa».

—Hasta aquí, el prototipo del seductor —dice el cura.

—Sí —dice Laura—, pero escuche usted el resto: «Después de haber sido dueño de tal tesoro, nada se pide ni nada se desea: lo más bello de la pasión ha concluido».

—Seducir y abandonar —dice el cura.

—Sí —dice Laura—, pero, por favor, aclaremos por qué. Don Juan no es un personaje ligero. Es una figura trágica: es Eurípides, no Aristófanes.

—Para mí, son todos lo mismo —dice el cura—. Don Juan, Casanova, esos tíos que embarazan a las muchachas y luego se largan.

—¡No! —dice Laura—. Casanova es sólo un aventurero alegre. Don Juan está rodeado de un aura oscura. Casanova es un estafador que usa el sexo para ganar dinero o poder. Nunca seduce a una jovencita inexperta. Se acuesta con duquesas que lo ubican cerca de maridos influyentes, con viejas adineradas que lo mantienen o con cortesanas que lo saben todo sobre el sexo, si ello fuera posible.

—¿Y acaso Don Juan no? —pregunta el cura.

—Hay una diferencia esencial —dice Laura—: las aventuras de Casanova terminan en uno o varios orgasmos. Las de Don Juan en una o varias muertes. Si el protagonista de este legajo fuera Giacomo Casanova, usted y yo estaríamos divirtiéndonos con sus andanzas y a nadie se le ocurriría asesinarlos.

—Tal vez porque Don Juan es español, y porque para nosotros el sexo y el amor fueron siempre asuntos trágicos —dice el cura.

—Quizá —dice Laura—, y por eso el personaje de Mozart no llega a ser italiano, a pesar de llamarse don Giovanni. Pero hay mucho más, y tiene que ver con lo que percibió Molière, que acabo de leerle. Don Juan no es el hombre del sexo continuo, sino del deseo continuo. ¿Comprende usted la diferencia? Don Juan está siempre deseando, siempre buscando desesperadamente una mujer nueva, porque las que seduce se le agotan al instante. Le basta con acostarse con una mujer para sentir que la ha deserotizado. Don Juan no puede hacer el amor dos veces con la misma mujer.

—¿Don Juan Tenorio impotente, dice usted? —pregunta el cura.

—No —dice Laura—, la cosa no es tan burda como la pinta Freud. Simplemente, a Don Juan no se le ocurre volver a buscar a una mujer que ya ha penetrado. Escuche usted lo que dice Zorrilla, que no entendió mucho de su personaje, pero aquí lo describe bien:

«DON LUIS:

¡Por Dios que sois
hombre extraño!
¿Cuántos días empleáis
en

DON JUAN:

cada mujer que amáis?
Partid los días del año
entre las que allí
encontráis.
Uno para enamorarlas,
otro para conseguirlas,
otro para abandonarlas,
dos para sustituirlas
y una hora para
olvidarlas».

—El retrato de un canalla —dice el cura.

—¡No sólo eso, padre! —dice Laura—. Imagine usted: ¿acaso don Juan Tenorio no ha encontrado nunca a una mujer lo suficientemente hermosa como para querer llevarla dos veces a la cama? ¿Por qué no gozarla más de una vez, si la muchacha vale la pena? Ésta es la clave: Don Juan desea a una mujer hasta que la lleva a la cama. Desde ese momento, para él ya no es una mujer, sino alguna otra cosa, que no sabemos qué es.

—¿Y entonces? —pregunta el cura.

—Entonces —dice Laura— tiene que ir a buscar otra, y otra más, creyendo que esta vez sí, que esta vez conseguirá mantener firme la llama del erotismo. Y no, cada vez la pasión se le deshace entre los dedos, como en esos mitos griegos en que la víctima sube eternamente una piedra arriba de la montaña para que después se le vuelva a caer.

—Me acuerdo —dice el cura— de una obra de Séneca, en la que manda al emperador Claudio al infierno y lo condena a jugar eternamente a los dados con un cubilete sin fondo.

—Eso era para decir que Claudio era un inútil —dice Laura— y que allá en el infierno no pudieron encontrarle otro trabajo que fuera capaz de hacer.

—Al menos, Tenorio sabe hacer otras cosas —dice el cura.

—Sí, padre —dice Laura—, las hace, pero su condena es, en el fondo, la misma. Porque cada mujer que toca se le agota en ese preciso momento. Por suerte, en ese instante pasa otra mujer, que es, ¡ay!, tan hermosa que con ella seguramente sí lo logrará. Y en el encuentro parece que en verdad es así, hasta que la desnuda y se mete dentro de ella, y entonces resulta que era una mujer como las demás y la pasión se agota, y así para siempre, que por lo visto aun después de muerto es capaz de perseguirme.

—¿Y la saciedad del cuerpo? —pregunta el cura—. No se puede hacer el amor indefinidamente. ¿No lo agotaban esos trances, como dicen que pasa con los drogadictos?

—No, padre —dice Laura—, salvo en ese instante. Porque Don Juan no alcanza nunca la saciedad del alma. Don Juan es un desesperado como lo fue el rey Midas, que murió de hambre al transformar en oro todo lo que tocaba. Don Juan deserotiza a las mujeres que toca. Se acuesta con ellas y luego deja de considerarlas mujeres. Esto quiere decir, además, que busca en las mujeres algo que las mujeres no podemos darle —dice Laura, mientras el cura abre un sobre sin remitente, en el que alguien le envía una reproducción de la *Danza de la muerte*, de Holbein.

Lentamente, el cura despliega sobre la mesa esa clásica colección de esqueletos. Laura piensa que hay algo obsceno en esos huesos desnudos de carne. Se queda mirando las grandes manos del cura, que levantan las láminas. Se pregunta cómo será la caricia de esas manos.

Amor en el Toboso

Aldonza, lee Laura, hija de maese Lorenzo, soltera, de veintiséis años de edad, de oficio labradora, vecina natural de la villa del Toboso, se presenta ante este tribunal inquisitorial y viene a decir que denuncia a un maldito hideputa llamado Saavedra, con perdón de vuestras mercedes, que son hombres de pro, no como ese infame señor Miguel Saavedra, vecino, según cree, de Argamasilla de Alba, o de donde lo pudieran encontrar para prender y mantener encerrado y darle tortura, que ella recomienda pasarle un fierro al rojo por los cojones, que otra cosa no se merece por tanta maldad.

Y es que Saavedra, lee Laura que dice Aldonza, no tuvo mejor idea que ponerse a escribir imbecilidades sobre la gente buena y de trabajo. Que quede en claro que ella nunca le hizo nada a ese señor Saavedra, y pone por testigos a la mesonera del pueblo, llamada Lucía, a su señor padre y, por supuesto, al señor cura, este último para que diga bajo juramento si alguna vez ella le confesó haber hecho algún mal al señor Saavedra. Y por eso no entiende la bajeza que ese señor cometió contra su honra, como si por ser campesina ella no la tuviese, y declara que sí la tiene, como la que más, que para eso no hace falta noble cuna, sino que hay que tener las cosas de mujer bien puestas.

Aquí se agita diciendo que, coño, qué vergüenza tener que estar aquí en vez de cuidar a mi pobre vaca, que enfermará de tristeza si no me encuentra, que con ella somos tan unidas que, si le llega a pasar algo a mi vaca, la culpa la tiene ese maldito Saavedra. Y con el enojo le pone las manos encima al notario, le vuelca el tintero al pobre Tirso, y es necesario comenzar de nuevo su

declaración, en la que se deshace en imprecaciones contra el dicho Saavedra.

Y también contra la autoridad que no tuvo mejor idea que encarcelar a ese miserable so bellaco de Saavedra por desfalcar alcabalas, y una vez que estuvo a la sombra se le dio por ponerse a escribir.

Y ya su santa madre —la de ella, hace acotar en el acta el inquisidor, ya que en su declaración había dicho lo contrario de la de Saavedra— le había dicho que no aprendiese nunca a leer y escribir, en atención al mucho daño que se sigue de tomar en serio lo que dicen los libros, siempre llenos de palabras mentirosas. Pero aún son peores, pide ella que se aclare, los libros de caballerías, porque no sólo mienten sino que, además, son capaces de enloquecer a la gente.

Y ella no sabría decir si el dicho Saavedra estaba más cerca del bando de los enloquecedores o de los enloquecidos, que le da lo mismo, y que quizá no puedan distinguirse. Que ella piensa que la literatura es un mal vicio, como el vino o el juego, que es de esos vicios que agarran a los hombres cuando pasan largo tiempo sin poder fornicar con una mujer, y entonces empiezan a desvariar, a creerse primero todo lo que leen, y después les agarran las ganas de escribir nuevas mentiras por sí mismos.

Joder, dice, que las mujeres son en eso mucho más machas que los hombres. Que son capaces de aguantarse el tiempo que sea, mientras ellos se echan a la mar y después se van de putas por todos los puertos, mientras nosotras ordeñamos las vacas y las guardamos en el establo, a la espera de los hombres que se fueron con las ovejas a la sierra, que cuando los sorprende la nevada a la intemperie, duermen abrazados a sus ovejas para darse calor. En el entresueño del amanecer, lee Laura que dice Aldonza, cuando aún no están tan despiertos como para saber quiénes son, ni tan dormidos como para ignorarlo del todo, a esa hora, señor inquisidor, acarician la lana de sus ovejas, que en la penumbra se les antoja igual a la que

las mujeres tenemos entre las piernas. Y notan el calor del animal, mientras ven el campo todo nevado desde la cueva en la que han pasado la noche, y la oveja se aprieta fuerte contra él, y el pastor que no, que hombre, pues es una oveja. Pero el animal también tiene frío y se acerca, lo husmea y acaricia, y lo hace por donde más huele, que allá en la sierra es casi un suicidio bañarse en invierno.

De manera que la sangre se le agolpa en ese lugar, que le crece y le crece hasta que le duele, mientras la oveja vuelve a husmearlo para ver qué ha cambiado en él, siente que son otros su sudor y su respiración, y se aprieta más a él, y más y más lo empuja, huele y acaricia, y así hasta que el pastor se baja las bragas y le clava su hombría a la oveja en un movimiento brusco, que es así como siempre se mueven los pastores. ¿Que cómo lo sé yo, señor notario? Pues es la misma forma en que nos clavan a nosotras, como aprendieron con sus ovejas, que ellos son recios y bruscos y lo hacen por primera vez con sus animales. No, señor alguacil, no me parece mal que lo hagan, que así hacen los pastores desde el principio del tiempo, y así hizo Abel con sus ovejas cuando todavía no había suficientes mujeres sobre la Tierra, que peor habría sido acostarse con su madre Eva.

Algunos dicen que lo hacen porque las ovejas son en todo iguales a las mujeres en ese lugar, lee Laura, pero yo, dice Aldonza, las he mirado con mucho cuidado para ver si era cierto y no les he encontrado tal parecido, aunque sólo conozco mi propia natura de mujer y no la de otras, que no creo sean tan distintas de la mía.

Pero, además, piense usted, señor alguacil, que ellos se están los días y las semanas con el rebaño allá en la sierra, tocando sus ovejas todo el tiempo, y sólo ven o acarician mujer en días muy señalados. Y cuando nos buscan, nos tratan como a ovejas, señor, que ésa es su ternura, llevamos a hombros si lo necesitamos, o damos de palos si ellos lo necesitan.

Y he dicho todo esto, lee Laura que dice Aldonza, para dejar bien en claro que todo se origina en que los

hombres no son capaces de aguantarse las ganas, señor inquisidor, sino que siempre tienen que estar haciendo eso, aunque fuera con las ovejas, mientras que las mujeres sí podemos esperar el tiempo que sea, aunque ellos se hayan ido a América a buscar oro o a Flandes a hacer la guerra, dejándonos un fierro entre las piernas. Porque una mujer resiste todo y un hombre no resiste nada.

Pruebe usted a ver lo que pasa, señor inquisidor, pruebe, si se atreve, a ponerle un cinturón de castidad a un hombre. O usted mismo, atrévase a ponerse unas bragas de fierro y cuénteme lo que le pasa. Sentirá primero que el hierro le raspa o le hiere, que no hay seda lo bastante suave para protegerle ese lugar, perpetuamente amenazado por la proximidad del metal. De nada le valdrá el pulido, o el forrado en seda o terciopelo; usted temerá siempre esa caja de metal en la que su miembro queda apresado, como dentro de una boca de dientes afilados.

Sentirá usted primero que el miembro le ha quedado en una posición incómoda, o muy alto o muy bajo, y que tiene usted que acomodárselo de inmediato, porque no soporta más esa sensación de no llevarlo en el lugar que tiene que estar. Se agachará usted, moverá las piernas, se sentará y se pondrá de pie infinidad de veces para tratar de ponerlo en su lugar, y al instante se le volverá a desacomodar otra vez, y así un tiempo que le parecerá eterno, hasta volverlo a ubicar en su sitio, si hubiera un lugar que le acomodara, que lo dudo, porque Dios se lo hizo para meterlo en una cavidad de carne húmeda y no en un hueso de metal.

Con eso puesto, señor alguacil, no piense usted en mujeres, ni se le ocurra hacerlo. Si las ve por la calle, espante la mirada hacia otro sitio; si le acosan en el pensamiento, rece el rosario. Si le llegan imágenes de mujeres en los sueños, cuente ovejas, pero hágame caso, señor inquisidor, cuéntelas siempre mirándolas de frente, no fuera que le pase en sueños lo mismo que a los pastores. Recuerde usted que un hombre con un cinturón

de castidad puesto no puede excitarse jamás, porque si usted se excita, si se le pone recto como una vara, sentirá usted que lo agobia su prisión de fierro, que lo lastima y no puede moverse en ella, y que a cada instante teme que un movimiento brusco le quiebre en dos su hombría, como si fuera una rama seca.

Y aun cuando usted lograra atravesar el deseo, lee Laura y después le relatará al cura sólo una parte de lo que lee, en algún momento sentirá que lo hieren las arrugas de la seda o del terciopelo y que no tiene forma de reubicarlas, o quizá que hay un sitio en que la tela se ha movido y en cualquier momento comienza a rozarlo el fierro. Más tarde, sentirá usted una picazón que le invade sus partes, que se le extiende en semejante sitio, una picazón que comienza desde muy abajo y después sube en un camino recto por las venas más gruesas hacia la punta. Ascende la picazón por un camino de muchas varas, muchas cuerdas, infinitas leguas hacia la punta de su miembro, como si usted tuviera hormigas caminándole por ese lugar, dice Aldonza.

Aquí usted se desespera, ya no tiene forma de tocarse esa hombría sobre la que puede haber algo que no es, precisamente, una mano de mujer. Ahora siente usted una comenazón que le invade por todos lados, le pica todo el cuerpo, como si lo afectaran viruelas, y cuanto más se rasca usted por todas partes, más le pica justamente ahí, bajo el cinturón de castidad.

Pero lo peor no ha llegado aún, señor alguacil, que cuando usted sienta como pasos pequeñísimos caminando por su miembro, habrá una cosquilla que se le antoja dolorosa en su parte más sensible.

«¿Y si tuviera verdaderamente hormigas?», piensa usted. «¿Y si se metieran por allí?».

Enloquece usted de confusión y de miedo, teme que se le metan hormigas por el pequeño orificio de sus partes pudendas y que aniden allí dentro, en el húmedo interior de su cuerpo, criando ahí sus larvas y alimentándose de su propia natura de varón. En ese momento, usted se tira

al agua para ahogarlas, y después descubre que no hay ninguna forma de secar la tela que está debajo del fierro, que comienza a raspar lo más sensible de su piel.

No sigo más, señor inquisidor, dice Aldonza y lee Laura, quien ha decidido omitir completamente este párrafo en su relato al cura, no sigo más, que a las pocas horas de tener un cinturón de castidad puesto, usted, como cualquier otro hombre, tendrá tales llagas que le comenzarán a gotear sangre, como si fuese una mujer en luna llena.

¡Y una mujer soporta durante diez años un fierro entre las piernas! Un fierro artísticamente labrado, con filigranas de rosas y leones, pero con siete pinchos filosos hacia afuera, para que nadie intente nada a través de los orificios que es necesario dejar por razones naturales, que así es como se arruinan camisas y hasta se desgarran vestidos, que usted no se imagina lo que es disimular al mismo tiempo un flujo de sangre y un cinturón de castidad.

Forjados y colocados por manos masculinas, los hombres se desentienden de ellos en el momento en que los remachan, y al momento las mujeres tenemos que empezar a sentirlos como una parte de nuestro cuerpo. Los hay, señor inquisidor, dice Aldonza, de dorados artísticos o de fierro simple, según sean para duquesas o campesinas. El material ha de ser siempre metálico, que cualquier otro temen los maridos sea incapaz de resistir la presión del deseo. Olvidan los hombres, sin embargo, que los jugos femeninos son capaces de corroer el bronce, enmohecer el acero toledano y aun hacen cubrir el oro de una capa de verdín, que lo vuelve áspero y hace que se desprendan limaduras y astillas que nos raspan las partes. Dicen quienes saben, señor inquisidor, que las parteras reconocen si las mujeres que atienden han usado alguna vez un cinturón de castidad, por las manchas indelebles que les deja el óxido. Sus maridos, que sólo las acometen a oscuras, sin mirarlas a los ojos ni a las partes, no llegan a enterarse nunca, ni saben que las mujeres resisten lo

que ningún hombre podría en ese lugar.

Porque, además, el deseo de los hombres es incontenible, y de no fornicar, enferman gravemente. Los soldados tienen que apretar un caballo entre las piernas y desahogarse sobre la montura, que no es sudor la humedad que les chorrea por la entrepierna al desmontar, que bien lo sabe el caballo, que percibe la excitación del jinete y relincha buscando yeguas.

Tampoco resisten los frailes la castidad, señor notario, dice Aldonza, pues se dan baños fríos procurando vanamente que la sangre les deje de hervir, lee Laura preguntándose qué eufemismos usará en su relato al cura. Es en pleno invierno, dice Aldonza al tribunal, cuando fuera nieva y ellos sueñan con la tibieza de una mujer. El fraile espanta el sueño, le muestra la Biblia sin que huya, trata de golpear las imágenes de sueño con el crucifijo y, finalmente, se prepara un baño helado. Se mete en la tina con la camisa puesta, para no descubrir ante sí mismo su propia desnudez, quizá por precepto de la orden, pero mucho más por no mirar de frente esa erección que le recuerda a cada instante que todo hombre necesita de una mujer. Apenas se sumerge en el agua helada, ya le duelen las piernas y le oprime el pecho, como si allí no pudiese respirar; apenas lo hace, digo, dice Aldonza, se entibia la que está en contacto con sus partes de fuego, y al instante el agua está templada y empieza a envolverlo una nube de vapor que lo calienta y acaricia como si fuese un abrazo de mujer. Entra el fraile en una modorra llena de sueños eróticos, de la que sale de un salto, lleno de vergüenza, se azota en la espalda con un látigo de puntas y otra vez su imaginación lo traiciona, al sentir las púas como uñas de mujer. Desesperado, empuña el cilicio y se lo ata en semejante sitio, para que el dolor le tape por un instante el deseo.

Si ése es el dolor de los frailes, señor inquisidor, lee Laura que dice Aldonza, aún más trágica es la situación de los presos, como le ocurrió a este Saavedra al que, acota el inquisidor, ella sigue maldiciendo y, sin embargo,

se conduele de él. Porque estando encerrados y sin poder obrar con hembra alguna, humana o animal, lanzan rugidos como de leones en sus jaulas, y después danse a llorar a gritos, tal es su desconsuelo.

Algunos confunden la finalidad natural de los orificios y vuélvense maricones, que, con ser un pecado horrible, es el menor de los males, ya que, al menos, los deja en paz consigo mismos. En toda prisión, los hombres se dividen en masculinos y afeminados, y los que se afeminan hablan en falsete para simular una voz de mujer, se depilan las piernas, se cambian el nombre en otro de hembra y se ponen almohadoncitos bajo el jubón para simular unas buenas tetas.

Otros se dan a los más atroces desvaríos, entre ellos el desdichado Saavedra, que seguramente intentó prostituirse sin resultado alguno, quizá por tener un culo que no apeteciese a nadie (aunque ella no podría dar fe de esto, por no habérselo visto nunca), o tal vez Saavedra sufriera de almorranas por la comida de la cárcel, y el dolor no le permitiese ejercer tamaño vicio.

Así, Saavedra enloqueció tanto que se le dio por escribir novelas de caballerías en su celda, mintiendo más y más a medida que avanzaba su desdicha, que si Dios lo hubiera provisto de un hermoso culo, no estaría yo aquí para denunciarlo ante vuestras mercedes.

Que de tanto escribir y escribir para olvidar a las mujeres, le explicará después Laura al cura, a Saavedra se le fue sorbiendo el seso y creyó estar dentro mismo de lo que estaba inventando. Imagina Laura a Saavedra solo en su celda, rodeado de fantasmas. Por las noches, escucha voces de mujer. Le hablan quedo, muy quedo, de manera que nunca sabe si las ha oído de veras o sólo las quería escuchar. Cuando se acuesta, dice Aldonza, algo se mueve siempre en su jergón y agita la manta que lo cubre. A veces despierta sobresaltado escuchando cómo resuenan en el adoquinado del patio los pasos callados de las ratas.

Otras, cree percibir zapatos de mujer, el golpe más agudo, el paso más liviano que las botas de los carceleros,

y esos pies de mujer pasan siempre por delante de su celda y lo llaman en voz baja: «Miguel, aquí están mis tetas», le dice una; «Miguel, quiero sentir tu mano en el vientre», le dice la siguiente; «Miguel, quiero que me beses el interior de los muslos», le dice la tercera, y cuando él se levanta de un salto, las manos crispadas sobre la reja, el patio ya está vacío, sólo queda un leve olor, parecido al que despide una hembra en celo, y en la penumbra lejana se mueven unas sombras, quizá las tres mujeres o quizá las ratas que, ellas sí, se acercan a su camastro.

Saavedra, desesperado, roba una vela y la enciende para ahuyentar a las espectras. ¡Empeño inútil!, dice Aldonza, ya que las fantasmas hembras son mucho más resistentes a luces y exorcismos que los fantasmas machos. No las dominan cintas rojas ni ristras de ajos, se beben el agua bendita y son capaces de torcerle el dedo a quien quiera persignarse ante ellas. Aun así, Saavedra lo intenta todo, y no consigue alejarlas demasiado: se le quedan en el borde de la línea temblorosa que separa la zona que la vela insinúa de la oscuridad total. Desde allí, las mujeres y las ratas le cantan, y ya no sabe cuál es cuál.

Y así, porque no soporta a esas fantasmas, con paciencia de preso lava y pega con engrudo trocitos viejos de papel, se hace una pluma con un hueso de gallina y tinta con agua y carbón, y se aplica a escribir historias de caballerías que le hagan olvidar los coños de mujer.

Para poder escribirlas, necesita creer en ellas. Poco a poco, se le disuelve la prisión y se le antoja un palacio en el que reina. Olvida su oficio miserable de cobrador de impuestos, lee Laura, y cree ahora ser un caballero andante. Y si pudiera montarse a una mujer, o aun a otro recluso, aunque fuera el jorobado, no creería que está sobre un blanco caballo, atravesando la dura estepa castellana.

Una noche, señor inquisidor, dice Aldonza, los presos despiertan sobresaltados entre ruidos y voces. Al encender la vela, ven a Saavedra de pie sobre la mesa, apuñalando

el aire y anunciando que acaba de matar a un gigante y de salvar así la vida de todos. Por el mismo motivo, la emprendió a golpes con el brocal del pozo que está en el patio de la cárcel, con tan mala fortuna que cayó al fondo y tuvieron que sacarlo aferrado al balde, chorreando agua helada.

Después Saavedra se empeñó en que un rufián que estaba preso por vivir de las putas lo armara caballero, y el otro finalmente lo hizo en ese mismo patio, rodeado de los otros presos y en medio de un escándalo tan desaforado que los carceleros temieron que fuese un motín.

Finalmente, dice Aldonza, entendieron que era inofensivo y lo dejaron en paz. Saavedra escribía en el fondo de la celda, a horcadas sobre la silla, como si fuese el blanco corcel de su imaginación o la mujer desnuda de su necesidad, y sin posibilidad alguna de distinguir qué cosa fuese la realidad.

Loco como estaba, metió en el libro a sus vecinos como si fuesen personajes imaginarios, pues a medida que pasaban los meses en que Saavedra se estaba sin una mujer, la locura iba acumulándosele más y más en el cuerpo, porque el líquido que tienen los hombres en sus vergüenzas debe de ser venenoso, señor inquisidor, que de lo contrario no se entiende por qué enloquecen tanto cuando no lo pueden echar fuera.

En el pueblo corrió la noticia como un reguero de pólvora: que Miguel Saavedra estaba loco por preso o preso por loco, que había escrito un libro del que eran personajes todos los habitantes de Argamasilla de Alba, y que el libro le había gustado tanto a Alonso que decidió pagar su impresión.

De manera que hicieron una fiesta para leerlo, que el mejor lugar que encontraron fue el burdel, lee Laura, y fue la Mercedes, la puta más veterana, que sabía leer por haber ejercido en Salamanca, la que, desnuda sobre la mesa, iba leyéndolo, mientras todos la seguían, anhelantes de su voz. Mercedes estaba de pie, envuelta a

veces en una capa, otras dejándola caer con movimientos de torera para que se viese que aún tenía las tetas firmes como si fuesen de roble, y el círculo de hombres con los candelabros levantados, y la voz estentórea de ella diciendo hechos nunca sucedidos, y los demás interrumpiendo al fin de cada capítulo para ir a refocilarse en las camas y beber a la salud del pobre loco de Miguel Saavedra, que todo lo pagaba el bueno de Alonso, que no salía en sí de su alegría al verse retratado en un libro.

Y el escándalo fue tal, dice Aldonza al tribunal, que hasta el señor cura fue a ver de qué se trataba, aunque todos dicen que se comportó con corrección y no impidió que nadie hiciera lo suyo.

Entretanto, pasaban los días, que el libraco de Saavedra es largo y no se terminaba nunca, y nadie quería salir del burdel por no perderse lo que seguía, que todos se reconocían con sus nombres propios y señas y lugares, y comentaban a gritos ese reconocimiento.

Las mujeres, entonces, tuvimos que pastorear las ovejas, uncir los bueyes y partir la leña, mientras los hombres seguían escuchando la historia de Saavedra, dice Aldonza, olvidados del mundo y de sus vidas.

Se agolparon las mujeres en la puerta del burdel, ellas fuera con sus vacas y ovejas, los hombres dentro escuchando a la mujer desnuda que leía el libro de Saavedra, hasta que pasaron los días y el frío hizo que se cubriera. Estaban las mujeres amontonándose por las rendijas, apretándose para poder ver y oír, pues las que estaban cerca les iban contando a las que estaban detrás, y llegó un momento en que el cuerpo ya no les daba a los hombres para hacer el amor y todos escuchaban el libro de caballerías.

Así, entre los del lado de dentro y las del lado de afuera, se estaban todos los habitantes de Argamasilla de Alba, tan transidos por la historia que les leía la puta que en ocasiones un hombre salía desnudo a la calle a comentarle a su mujer cómo Alonso había volado por los

aires en un caballo de madera o había llamado «gentil señora» a una de las putas, la misma que ahora se estaba riendo a carcajadas, abrazada a Alonso. Hasta que, en algún momento, la historia desborda el mismo pueblo y comienza a correrse por los pueblos vecinos, y una multitud se agolpa en tomo del burdel, gentes venidas, como yo, dice Aldonza, desde muchas leguas a la redonda. Me acerco a la casa de las putas, que nunca en mi vida lo había hecho, y en medio del gentío, la mesonera del pueblo, mi comadre Lucía, me toma del brazo y me dice: «Están hablando de ti».

Y yo me sentí, señor inquisidor, lee Laura, como si me hubieran desnudado en plena calle. ¡Qué va! Mucho peor, que no me avergonzaría de mi desnudez, no, no. Que no me daría vergüenza, que tengo un ombligo como una taza de té, y unas tetas lustrosas que son la envidia de todas las muchachas del Toboso, y una entrepierna más peluda que las cejas de un gallego. Buena hembra soy, y no me avergonzaría mostrarme.

Pero aquí es distinto, porque el hideputa de Saavedra habla de mí, y vuestras mercedes dirán que qué me importa eso, si los demás lo festejan y hasta lo festeja Alonso, que podría sentirse ofendido, pero no, él está tan contento que paga la fiesta y es el que más se ríe con ese libro. Pero conmigo es otra cosa, señor inquisidor. Porque ellos son hombres y letrados y yo soy mujer y analfabeta. Que ellos lanzan risotadas al verse en el libro y mostrarse a los demás, pero yo misma no puedo verme sino que me lo tienen que leer.

Dicen, señor notario, dice Aldonza, y Laura trata de imaginar la expresión con que el notario Tirso estaría mirando a Aldonza, sin saber lo que hoy sabemos de los dos, y usted que es hombre de letras debe de saberlo bien, sigue diciendo Aldonza, que cuando la gente lee un libro se le figura en la imaginación lo que está leyendo, a veces con colores intensos y tan vividos como si fuese un sueño, pero no el recuerdo lejano de un sueño al despertarse, sino en el instante mismo de estar siendo soñado. Dicen

eso, y yo lo puedo entender, porque es lo que me pasa cuando alguien me cuenta una historia.

Pero, cada vez que me han leído en voz alta un texto escrito, encuentro tan enrevesadas las palabras, tan incomprensible su sentido, que me quedo boquiabierta sin saber qué están diciendo, hasta que oigo las carcajadas y veo que todos me señalan: «Habla de ti», me dicen. «Dice que eres una princesa».

Y me hablan del armiño de mi manto en vez de mis faldas raídas, y de los caballeros que caen a mis pies, cuando los únicos que se acercan a mis pies son los cerdos, que saben les llevo las sobras del almuerzo, cuando las hay.

Y no se crea usted, señor inquisidor, que no tengo carácter para las bromas, que soy campesina y usted sabe cómo somos allá en el campo, que somos tan pobres que lo único que tenemos realmente nuestro es la risa.

Pero esta vez y con estas risas es diferente: aquí yo no me puedo reír, dice Aldonza. Ellos ríen, señor inquisidor, porque están viéndome a un tiempo como princesa y como campesina, ven con los ojos mis harapos y ven con los oídos el manto de armiño que les trae la voz de la puta, repitiendo la del loco Saavedra.

Y yo cierro los ojos y pido que me la repitan una y otra vez, que me la vuelvan a decir, y no veo imagen alguna, y ellos ríen porque sí la ven y yo lloro por culpa de ese maldito hideputa de Saavedra, al que espero vuestras mercedes condenen a la hoguera y lo quemen con leña verde, para que el humo le irrite los ojos.

Que por esto y por lo que después me ocurrió estoy como loca, dice Aldonza. Cosa terrible son los libros, señor inquisidor, que parecen un objeto pequeño y frágil, que hay que proteger de la lluvia y de los ratones, que son feos y sin gracia alguna, salvo los libros ilustrados y coloreados de la iglesia, y que, sin embargo, son capaces de enloquecer a los hombres. Y los enloquecen hasta tal punto que yo creía que eso sólo podía provocarlo una mujer. Y es un misterio cómo un objeto tan feo, que no es

capaz de abrazar y acariciar a un hombre, ni mirarlo a los ojos, ni mucho menos sostener su cuerpo desde abajo, como yo sí puedo hacerlo; es un misterio, pues, señor inquisidor, cómo un libro puede despertar las pasiones más intensas.

Extraña enfermedad la locura, señor inquisidor, lee Laura, que hace que unos hombres escriban libros y otros crean en lo que esos libros dicen. Porque ya había empezado a reponerme de figurar en ese libro, dice Aldonza, cuando veo llegar a mi casa un atildado caballero que, con la mayor corrección y compostura, y descubriéndose antes, me pregunta dónde podría encontrar a la altísima señora Dulcinea del Toboso.

—¡Váyase vuestra merced a la reputísima madre que lo parió! —le grito y le arrojo a la cara un balde de agua, pues en ese momento yo estaba fregando la entrada de mi casa.

El caballero se queda mirándome con ojos dulces, como si yo no le hubiera hecho eso, y le doy la espalda y me voy para atrás, al chiquero, a llevarles la comida a mis cerdos. Él me sigue chorreando agua, la peluca hecha un espantajo, a pasos lentos y solemnes, como si no estuviera empapado, como si no tuviera prisa alguna y como si se hubiera venido desde muy lejos sólo para verme a mí.

Yo estaba tan furiosa, dice Aldonza, que al principio no me di cuenta de que él también tendría que enojarse por lo que le había hecho. Pero él se quedaba ahí, mirándome como si estuviera deslumbrado por las cosas que yo le decía, que, comprenderá usted, señor inquisidor, no eran las mejores que se le pueden decir a un hombre ni a su madre.

Pues estaba yo puteándolo y carajeándole a gritos, lee Laura, y el caballero tan quieto, que yo me iba enojando más y más con mi propio enojo, hasta que finalmente empuñé un palo y me le fui encima, que no hay cosa que excite más la furia y las ganas de golpear que tener delante a alguien que no se defiende.

A esas alturas hasta los puercos habían huido

asustados, cuando de repente él se arrodilla entre la mierda del chiquero y me besa la mano izquierda, en la que yo tenía el balde con las sobras de comida, ya que en la derecha tenía el palo.

Y yo le juro, señor inquisidor, dice Aldonza, que sentía tal furia que estuve a punto de golpearle la cabeza con el palo hasta matarlo, hasta tal punto estaba fuera de mí, yo que habitualmente soy mujer pacífica, pero con esto de Saavedra estaba enloquecida. Lo hubiera matado, como le digo, pero hubo algo que me detuvo, y fueron sus labios. Sí, sus labios: era la forma en que besaba mi mano. No era ese beso liviano que se deja al pasar en la mano de las grandes damas. Era un beso apasionado, de hombre que acaba de encontrar algo que hace muchos años está buscando.

Cierro los ojos para juntar fuerzas y matarlo de una vez y darle su cuerpo de comida a mis cerdos, que ésa era mi furia, cuando algo me detiene en el roce de ese bigote tan fino sobre el dorso de mi mano.

Está bien, señor inquisidor, lee Laura que dice Aldonza, lo digo con todas las letras: no lo maté y no sólo no lo hice, sino que ni siquiera volví a golpearlo. Aún más: le permití que se estuviera un rato muy largo besando mi mano, que no quería despegarse de ella, y finalmente me mira, todavía arrodillado sobre la mierda, y comienza a contarme la historia de Dulcinea del Toboso.

Yo no sé, señor alguacil, si la que me contó es o no es la misma historia que escribió el maldito Saavedra en medio de sus atroces desvaríos. Pero a este hombre le entendí todo lo que me decía, con lo cual me importan poco esas páginas incomprensibles de Saavedra, y me quedo con lo que me dijo este caballero, que dijo llamarse don Juan Tenorio.

Comenzó a hablar de rodillas, mirando de reojo, como evitando mi mirada, o como pidiéndome permiso para mirarme de frente. Habla don Juan Tenorio, y cuando don Juan habla el chiquero se transforma. Me describe un

palacio moro, con torres altísimas de cristal; a mí, que no tengo vidrio sino un paño encerado en la ventana, y de esas torres cuelgan banderas que proclaman mi belleza y señorío. Las paredes están recubiertas de mosaicos con inscripciones cobrizas y doradas en árabe, que don Juan, aún de rodillas, dibuja sobre el barro.

—Esta quiere decir «Señora de las maravillas». La otra significa «Hermosa como la flor de azahar».

El palacio, me dice don Juan, sigue leyendo Laura, tiene infinidad de patios por los que vagan pavos reales entre una vegetación selvática, de la que salen vapores húmedos y un bosque de columnas de lapislázuli.

Y yo no sé, señor notario, dice Aldonza, si el palacio que me describe don Juan es el mismo del libro de Saavedra, o si él lo conoce de otro modo, que yo me barrunto que no es el mismo del que hablan los vecinos de Argamasilla de Alba. En ese palacio, los sirvientes se arrodillan a mi paso como él en este momento, me dice, y yo lo hago levantar: está hecho un estropicio de agua, fango y mierda, pero sus palabras son relucientes.

Me visten los sirvientes de seda, con mantos labrados y corona colada por el mejor orfebre del mundo. Y eso cuando quiero ir vestida, que en ocasiones me da la gana de pasearme desnuda por mi palacio, y allí sólo uso un inmenso brillante que me cubre apenas las vergüenzas, pero no las esconde sino que, por su tallado en forma de gota de agua, las aumenta y yo luzco con orgullo mis partes de mujer.

Le pido que no se quede fuera, que pase, le lleno de agua la tina, que por suerte tenía la olla grande al fuego, voy llevando los baldes mientras él se desnuda y se mete, yo siempre mirando hacia otro lado, que no había ninguna razón para mirar la desnudez de éste, que parecía ser un caballero muy principal.

Le lavé su ropa, dice Aldonza, la tendí a secar en el fondo, pues no quise que la vieran los vecinos, y me quedé cerca de él mientras se bañaba. Don Juan habla de las maravillas de Dulcinea del Toboso, yo escucho su

relato, él en la tina hablando con voz pausada, yo de espaldas para no ver su desnudez. Y así pasamos los dos largo rato, espalda contra espalda, unidos solamente por la voz que me habla de palacios y princesas, historias que, dichas por él, casi parecen ciertas y no urdidas por la mente enferma del maldito Saavedra.

Mientras él habla, yo lo miro de reajo para ver cómo es, y no, don Juan Tenorio no tiene el cuerpo de un soldado ni el de un leñador, sino un cuerpo pequeñito que le sirve sólo para sostener su voz, y, más tarde lo supe, también su mirada.

Don Juan habla y habla de Dulcinea del Toboso, yo lo escucho un poco más y después me doy vuelta y lo miro de frente:

—Decidme, señor mío —lee Laura que Aldonza le cuenta al tribunal haberle dicho a don Juan Tenorio—: si yo vengo de esos castillos, ¿qué carajo estoy haciendo aquí, fregando suelos y cuidando cerdos, en vez de pasearme por mi palacio, luciendo esmeraldas en el coño?

Don Juan me toma la mano, la suya está tibia y húmeda. Me mira con tanto respeto que casi olvido que está desnudo.

—Señora —me dice—, ha habido un rapto.

Porque un día mi palacio había sido invadido por una multitud de esos genios del mal que llegaron a España con la invasión de los moros y que los árabes llaman *djinns*. Envidioso de mi belleza y celebridad, el rey de los genios quiso casar conmigo. Le dije que me reservaba para el hombre que algún día me amara, me cuenta don Juan. El genio me ofrece riquezas. Por arte de encantamiento, aparece delante de mí una montaña de oro tan alta, pero tan alta, que tiene la cima cubierta de nieve. Yo me echo a reír: era enormemente rica, ¿para qué quería el oro de los genios?

Me lleva el genio a lo alto de una colina para mostrarme las ciudades más inmensas, los castillos más inexpugnables. Me ofrece ser inmensamente poderosa. Volví a reír, me dice don Juan: me bastaba con descubrir

un hombro, insinuar un pecho para obtener de un hombre lo que quisiera, por encumbrado que fuese. Reyes y príncipes se inclinaban ante mí y hacían mis caprichos, ¿qué más podía darme el rey de los genios?

Yo soy magnífica y orgullosa. Le expreso mi desprecio: ¿qué podía pretender él de mí, un simple genio del aire, criatura de encantamiento, cuando yo era una mujer de veras, de carne sólida y palpitante?

El genio se enfurece, se lanza sobre mí y va desgarrándome la ropa. Mi manto cae al suelo hecho jirones, yo lo miro a los ojos en silencio. En ese momento él empuña su daga y comienza a cortarme la ropa sobre el cuerpo, sin herirme y sin lograr de mí una expresión de temor. El arma corta el vestido y la camisa, corta el corpiño y siento el frío del metal rozándome los pezones, y sigo mirándolo, severa, a los ojos, me dice don Juan, pues yo no recuerdo nada, y la daga del genio me corta las bragas, y está tan cerca de herirme que la hoja sale húmeda de la entrepierna.

Y cuando quedo completamente desnuda, señor inquisidor, lee Laura, el genio comienza también a desnudarse. El genio tiene el miembro tan grande como el de un mulo, con perdón de vuestras mercedes, que la forma en que le abulta bajo la ropa es impresionante. Al terminar de desnudarse, lo tenía de un tamaño tal que yo quedé aterrorizada, que de meterme eso dentro, él me mataría.

Pero yo me mostré serena, me dice don Juan Tenorio, altiva en mi deslumbrante belleza, dice Aldonza, hasta el punto de que el genio se desconcertó tanto que se le volvió blando otra vez, y parecía tener una larga cuerda colgando de la cintura. El genio retrocede unos pasos, vuelve a levantársele su virilidad monstruosa, y, cada vez que se acerca a mí, se le baja de nuevo volviéndose completamente inútil para esa faena.

Cuanto más lo intentaba sin lograrlo, más se enfurecía el genio, hasta que finalmente juntó los poderes mágicos de todos sus genios, que llegaron volando hasta mi

palacio desde el África y la Arabia, ya que con los poderes suyos no le era suficiente, y entre todos, inmensa reunión de seres sobrenaturales, transformaron en choza mi palacio morisco.

—¿Y por qué no recuerdo nada de esto? —le pregunto sin saber si estar o no estar convencida, dice Aldonza.

—Porque la grande, la verdadera crueldad del genio, no fue quitaros el palacio, sino robaros la memoria.

Eso me dice don Juan, que se levanta de la tina desnudo y chorreando agua para decirme que sí, que él es capaz de percibir dónde quedan algunos restos del viejo palacio. Y mientras yo corro detrás de él con un paño para que se seque, él da vueltas por toda la casa y me va diciendo:

—Aquí estaba un rosal. ¿No siente usted el aroma? Ahí había una columna de mármol. No, no, era aquí, que ha quedado algo de ese frío tan particular que deja el mármol cuando alguna vez ha estado en un sitio.

Don Juan recorre la casa, señor inquisidor, dice Aldonza, se apoya en las paredes: aquí hubo una muralla, ¿no veis la sombra de las almenas, marcada sobre el ladrillo del suelo? Don Juan levanta la tela encerada que cubre la ventana y me indica las caballerizas y los jardines con ciervos y pavos reales más allá del chiquero, y, detrás de ellas, las torres de cristal y ámbar recortándose contra el cielo.

Yo lo sigo, señor alguacil, miro donde me indica y casi veo lo que me dice; la imagen se pierde y regenera otra vez. ¿Acaso una torre ausente deja marcas sobre el aire?

Don Juan cierra la ventana y construye un interior con sus manos que abarcan el aire: aquí estaba mi trono de plata, allá las columnas de lapislázuli, ¿y ahí? Veamos detrás de esta puerta, y así entramos en el dormitorio, donde la que hoy es mi cama había tenido doseles de terciopelo rojo y de seda de la China, y espejos de oro en el techo, para mejor realce de mi belleza.

Miro al techo, señor inquisidor, lee Laura, y es de la misma paja que ha sido siempre, y sin embargo hoy tiene

un brillo distinto, como si contuviera algo capaz de reflejar la luz, pareciera que un poco de esa naturaleza especular se le hubiera pegado y casi devuelve mi imagen, pero no ésta, la de la campesina Aldonza Lorenzo, sino la de esa magnífica princesa llamada Dulcinea del Toboso.

Veo mi imagen devuelta por el espejo, que casi no es de paja, sino de cristal de Venecia, me dice don Juan Tenorio, quien me toma de la mano y los dos nos quedamos viéndonos reflejados en el techo hasta que yo lo miro a los ojos y lo beso en los labios.

De manera que lo empujé sobre mi cama, señor inquisidor, dice Aldonza, corriendo a un costado el dosel de terciopelo, levantando la manta raída y abriendo las sábanas de seda que tengo sobre el colchón de paja, y me fui desnudando mientras lo besaba con fuerza, que él ni siquiera había llegado a vestirse. Arrojo mi cofia y mis calzas doradas, los zuecos de madera, el delantal de cocina y el jubón bordado en pedrería, me quito la pulsera de esmeraldas y el collar de semillas de roble y quiero comérmelo y bebérmelo todo, a ese hombre cuya voz me construye un palacio deslumbrante.

Lo beso, piel contra piel, el roce del vello de su pecho contra mis pezones, los dos juntos, vientre a vientre, yo siempre encima de él, y su mirada afiebrada tratándome como una princesa y mi gratitud por emprinciparme, y, al mismo tiempo, la pena enorme de ver a este caballero así, trastornado por haber leído el libro de aquel maldito Saavedra.

Quito tales pensamientos de mi cabeza, que no todos los días se mete en mi cama un caballero tan principal, lo sigo besando, sintiendo el calor de su piel, su respiración entrecortada, mis manos recorren su cuerpo hasta quedarse en semejante sitio, acariciándolo y modelándolo como si fuese arcilla, mientras crece entre mis dedos.

Don Juan es menudo y frágil, son pequeñas sus cosas de varón, y se mete dentro de mí con tal desesperación que ninguna mujer, ni Aldonza ni Dulcinea, podría

calmarlo, que apenas se mete ya se mueve con fuerza hacia dentro y hacia fuera, con perdón de vuestras mercedes, que he jurado decirles todo, ¡y vaya si lo estoy diciendo!

Pues él entra y sale con tal rapidez que está a punto de volcarse en un instante, y casi lo dejo hacer, cuando recapacito y lo detengo, que soy sólida y fuerte como buena campesina, y además estoy yo encima, así que los tiempos los decido yo. Conque me abrazo a los bordes de la cama, que por suerte es estrecha, y presiono con todas mis fuerzas para que se esté quieto, y él se debate y yo lo trabo con las piernas y lo aprieto por debajo hasta que queda inmovilizado, y, ahí sí, lo suelto un poco para que se salga y vuelva a penetrarme, y lo trabo otra vez, y él se debate debajo de mí, pero yo lo tengo aprisionado mientras él trata de escabullirse por el costado para otra vez hacerlo muy rápido, que suspira de un dolor tan hondo, tan hondo que me da pena y casi lo suelto y lo dejo hacer, pero me sube de dentro un deseo feroz, y lo mantengo firme, muy firme, metiéndose dentro de mí y saliendo apenas, una vez, otra, y otra, y otra más, hasta que me viene el sofocón del alma, y entonces lo suelto y él lanza unos gritos cortitos a medida que se va moviendo y moviendo, entra y sale, entra y sale, los dos gritamos juntos, a mi me falta el aire y casi llego, y finalmente me dejo caer en un mundo de almohadones blandos, mientras oigo, lejanísimo, el alarido con que él termina y me riega por dentro.

Cierro los ojos, me abrazo a él entre sueños, y al despertar ya se ha ido, llevándose su ropa húmeda.

Sí, señor inquisidor, me acosté con don Juan Tenorio y no lo lamento, que no he venido aquí a denunciarlo a él, sino porque vuestras mercedes enviaron a un pregonero a vocear que todo aquel que pudiera decir algo sobre don Juan se presentara aquí. Digo entonces que él no me burló ni nada parecido, que no tengo cargos contra él, que le hice el amor porque vino a mi casa cuando yo estaba sola y los hombres del pueblo se habían ido a la

sierra con los rebaños.

También lo hice por distraerlo y robarle el anillo, que es muy grande y supongo que es de oro, de lo que hoy me arrepiento, señores, y aquí está, lo devuelvo, no quiero tener nada de valor que sea suyo (y aquí Laura se salta una minuciosa descripción del anillo que Aldonza entrega al tribunal, y sigue leyendo que) al irse don Juan Tenorio, acaricié la manta de mi cama, y ya no le quedaba ni un resquicio de terciopelo. Miré el techo y la paja había vuelto a ser opaca, su espejo diluido en el atardecer, mientras yo me levantaba de un salto y buscaba inútilmente la sombra de las almenas sobre el ladrillo del suelo, el sudor frío de las columnas de lapislázuli, el aroma de los rosales y las ruinas de las caballerizas en el chiquero, esas maravillas que don Juan había visto en mi casa y me mostrara porque lo trastornó tanto leer ese libro infame.

Por eso, señor inquisidor, por haber enloquecido a tan digno caballero que se vino desde lejos a buscar a la que no soy, yo denuncio y vuelvo a denunciar a usted a ese loco furioso, vendedor de humo, al maldito Miguel de Cervantes Saavedra, que cuenta hechos nunca sucedidos para trastornar el juicio de las gentes honestas, para que lo persigan y capturen, para que lo azoten y lo castren y, muy especialmente, que le corten la mano, así ya no podrá seguir escribiendo.

Imágenes de Don Juan

—¿Ha descubierto usted algo que impida que nos maten a balazos? —pregunta el cura—. Porque siguen tratando de intimidarme. Cada vez que llego, me está esperando un automóvil verde, sin identificación y con cuatro tíos dentro que llevan gafas oscuras. Sólo esperarme y poner el auto en marcha. Nada más que eso, pero ellos están aquí, cerca, muy cerca, y son los mismos que disparan contra las ventanas y mandan estos anónimos.

El cura va dejando caer sobre la mesa, poco a poco, una colección de calaveras. La carta de la Muerte, del Tarot de Marsella; su equivalente del Taraceo Egiziano; la *Danza de la muerte*, de Holbein, con mercaderes y damas, caballeros y reyes que malgastan su vida en vanidades, mientras se acerca a ellos el unánime esqueleto. Diez jinetes de hueso, de Guadalupe Posada. Una imagen de la diosa azteca Coatlicue, con cabeza de serpiente y adornos de calaveras a la cintura; otra de Khali, de la India, también con un cinturón de cráneos. Un grabado de Durero, con un jinete que marcha, impertérrito o resignado, quién sabe, hacia su final. Varios de Goya, de *Los desastres de la guerra*, con cadáveres mutilados; imágenes del *Guernica* llorando la inevitabilidad de la destrucción total. Un detalle de las *Escenas de la vida de san Juan Bautista*, de Giovanni Di Paolo; el santo está asomado a una ventana, por el cuello cortado sale un chorro de sangre que se derrama sobre el mármol, y un centurión romano recoge con prolijidad municipal la cabeza del santo, que expresa furia y dolor. Más abajo, aparece un Sansón prisionero, al que los filisteos están cegando con un cuchillo curvo, en una penumbra

sangrienta.

—¿De quién es éste? —pregunta Laura.

—Creo que de Rembrandt —dice el cura, quien muestra además una página de un libro de medicina, en la que se ve una fotografía de un pene y unos testículos cortados, puestos en formol.

—No se puede negar que son expresivos —dice Laura—. ¿Y ni una palabra?

—Nada —dice el cura—. Todavía no sé qué es lo que quieren. Mientras tanto, veamos qué ha descubierto usted en el legajo.

—Tengo la descripción física de don Juan Tenorio —dice Laura—. Vea usted.

—Por lo visto —dice el cura apenas hubo leído—, Don Juan no era un levantador de pesas. Yo me lo imaginaba como los forzudos del cine.

—La contrapartida de las muchachas de *Playboy* —dice Laura—. Nuestra cultura quiere damos una única imagen del erotismo.

—Muchachas tetonas de caras ingenuas —dice el cura—. Uno diría que esas revistas muestran infinitas imágenes de la misma mujer.

—Sin embargo —dice Laura—, una vez que uno aguza la mirada, comienzan a aparecer las diferencias. Cada uno de nosotros tiene dentro de la cabeza una imagen distinta del hombre o la mujer ideales.

—¿No hay universales, entonces? —pregunta el cura—. ¿No tenemos todavía metida dentro de la sangre la Venus hotentote? ¿Acaso los hombres no siguen buscando caderas y culos, y las mujeres músculos grandotes?

—Sospecho que es más variado —dice Laura—. Diverso en el físico y también en la mirada. ¿Cuál es la mujer ideal para las mujeres? ¿Es distinta de la que buscan los hombres? Mire usted las mujeres planas de los desfiles de modas: ¿se le ocurre que algún hombre pueda tener fantasías eróticas con ellas? No, padre, hay imágenes de mujer para las fantasías masculinas y otras distintas para las fantasías femeninas. Vea las revistas de

modas, mire usted las muchachas de *Playboy* y analice las diferencias.

—¡No leo el *Playboy*! —dice el cura—. ¡No tiene nada que ver con mi trabajo ni con mi vida! Yo soy cura, he hecho voto de castidad, ¡qué me importa el erotismo! Y sin embargo, han sido muchos los santos tentados por mujeres desnudas o por espejismos de esas mismas mujeres. Caminos extraños los de la vida: quizás en *Playboy* esté mi pasaporte a los altares.

—O, por lo menos, la forma de no acelerarlo —dice Laura—. De manera que sigo hablando de las diferencias en la percepción del erotismo. Pensemos en un solo detalle: si viera usted las muchachas de *Playboy*, encontraría que todas tienen las tetas de la misma forma y tamaño. De la infinita diversidad de cuerpos de mujer, encontramos sólo un busto cónico, de cien centímetros de contorno, frente a los noventa de las antiguas *Miss Universo*. Pero si usted baja en la escala social, la pornografía popular hipertrofia las tetas: muchachas desbordantes, con ciento veinte o ciento treinta centímetros de tetas que tienen la forma de almohadones.

—¿Dónde ha aprendido usted tanto de pornografía? —pregunta el cura, mientras los ojos se le van suavemente hacia las piernas de Laura, ahora completamente descubiertas—. Yo creí que usted era profesora de historia.

—¡No pienso confesarme con usted, padre! —dice Laura—. Pero sí puedo contarle algo más: una encuesta en Estados Unidos reveló que la mayor parte de los lectores de *Playboy* creía que esas muchachas eran vírgenes, niñas de buena familia que se ganaban unos dólares posando desnudas para pagarse la casa y el vestido blanco de novia. En cambio, en las revistas populares, todas tienen una inequívoca expresión de putas, y en eso consiste su atractivo.

—¿Adónde nos lleva esto? —dice el cura.

—Al cuerpo de Don Juan —dice Laura—. Los que miran los músculos de esos forzudos son los demás

hombres, no las mujeres, salvo algunas lesbianas para tratar de imitarlos, ¿sabe usted? Por suerte para ellos, los forzudos no despiertan demasiado el interés de las mujeres.

El cura la mira, esta vez a los ojos, con cara de no comprender.

—Pero claro, padre —dice Laura—. No se puede tomar hormonas impunemente. ¿Se acuerda de lo que dice Shakespeare, que el vino engaña al amor, porque estimula el deseo pero impide su consumación? Algo parecido pasa con los esteroides que toman: producen hombres muy vistosos, pero del todo impotentes.

—¿Y entonces? —pregunta el cura.

—La imagen social de belleza masculina, de cómo es el hombre ideal, va cambiando con el tiempo. Hemos imaginado a Don Juan como Rodolfo Valentino, a principios de siglo, después como John Wayne, pasamos por Mastroianni y por Schwarzenegger, y ahora, si vamos a creer en lo que dice Aldonza, don Juan Tenorio se parecía más a Woody Allen, al menos en el cuerpo.

—¿Qué más tenemos en el legajo? —pregunta el cura.

Y Laura le dice que el documento siguiente está incompleto, porque la humedad de las paredes penetró en los papeles, y si bien las primeras hojas se conservan en buen estado, las últimas son un desastre, con partes ilegibles y páginas enteras que no se sabe qué pueden decir. Con inferencias, una lupa y algo de imaginación, Laura ha logrado reconstruir otra de las declaraciones, en la que una mujer cuenta al tribunal una historia que Don Juan le dijera.

«Palabra de mujer», dice don Juan Tenorio, narra al inquisidor una mujer sin nombre, escribe el notario Tirso para que lea Laura y lo relate al cura. «Palabra de mujer que es capaz de rehacer el mundo».

Mil y una mujeres

Hace muchos años, dice ella que cuenta don Juan, un rey de Arabia volvió imprevistamente de un viaje. Cabalga por el desierto el buen rey Schariar, galopa su camello blanco por desfiladeros de arena que mañana tendrán otra forma, la que el viento quiera darles, mientras se mantiene inalterable el amor del buen Schariar por su mujer, que lo aguarda en Bagdad.

Duerme el rey mientras viaja, las piernas cruzadas sobre la montura de su camello blanco, el animal husmea el desierto sin detenerse, llevando en medio de las noches clarísimas de Arabia, de oasis en oasis, al rey que duerme y sueña con su amada.

Llega el rey a su palacio a la hora de la siesta. Atraviesa salas y corredores vacíos, acaricia las naranjas tibias de su jardín secreto, se mira apenas en la fuente de alabastro y sigue adelante, hacia las habitaciones de la reina.

Atraviesa un corredor envuelto en la sombra fresca de las enredaderas y llega hasta la alta puerta de bronce labrado. Se apoya suavemente: entrará en silencio para no despertarla. No logra abrir, la puerta está cerrada por dentro. Mira por el ojo de la cerradura, dice don Juan, y lo primero que ve es un negro desnudo, con una verga como dicen que tienen los negros, que hace el amor con la reina, metiéndosela íntegra en semejante sitio, tardando un tiempo dilatadísimo, como si hubiera de recorrer leguas y leguas por el interior de esa mujer, y cuando llega al fondo, ella simula toser y atragantarse, como si fuera a salirle por la boca. Y después el negro la saca por completo y se echa hacia atrás para exhibirse, mientras un grupo de hombres y mujeres desnudos

aplaude alborozado.

Huye el rey Schariar y vuelve con un grupo de soldados que echan la puerta abajo y decapitan a todos. En medio del tumulto de sangre sobre los almohadones, con las cabezas de sus amantes prolijamente enfiladas en el suelo, dice don Juan, la reina espera su instante, llevando la desnudez y la muerte con dignidad de reina. Cuando el soldado levanta el alfanje sobre su cabeza, ella le dice al rey: «Si hubieras sido capaz de hacerme el amor una sola vez en todos estos años, esto no habría sucedido».

Apenas cae la cabeza de la reina, Schariar corre en busca de otros soldados para que corten la lengua de los primeros, y después otros más para la lengua de los segundos, por si hubiesen oído alguna palabra.

Desesperado, el rey, dice don Juan, busca una muchacha para casar. La encuentra, se llama Aixa. La impaciencia lo devora durante la fiesta hasta que finalmente, a solas con ella, se desnuda y ve como el miembro le cuelga helado y sin vida. Toda la noche, la muchacha y él procuran, sin éxito, tomar hombre al rey.

El verdugo se lleva a Aixa antes del amanecer, mientras el visir elige a otra muchacha para ser reina por esa noche. Jóvenes o maduras, rubias y morenas, ingenuas o putas, delgadas o gordísimas, todo lo prueba el buen visir tratando de encontrar a una que, finalmente, pueda ser penetrada por el rey.

Emisarios que después son secretamente estrangulados, dice don Juan, traen estimulantes de todo el mundo conocido: mandrágora de Sicilia, cantárida de Jerez de la Frontera, nueces de Aleppo. Come el rey alcaparras y rábanos picantes, sopa de mejillones, y corta las manzanas de arriba abajo, de forma que simulen órganos de mujer. Bebe infusión de lirios púrpura, conocida como el afrodisíaco de los sátiros, y come testículos de camero con champiñones y otros hongos con forma de miembro de varón.

Espera un preparado hindú, hecho quizá con anguilas

de una laguna sagrada, que viajó semanas en elefante hasta alcanzar el Ganges, donde siguió en una barcaza chata que llevaba troncos y cabras, encantadores de serpientes y un intocable que permaneció solo en un rincón durante todo el tiempo, sin alzar los ojos, mientras el emisario llevaba la redoma contra su pecho, el elixir que haría potente al rey, dice don Juan, y después trasladado a una galera turca, baja y de manga ancha, que terminó siendo hundida por piratas cristianos.

Escapa el emisario del rey, nada durante dos días con la redoma en alto para que el agua de mar no ablande el sello que la cierra, roba un camello en la costa y sigue el camino a través de los desiertos más inverosímiles del mundo hasta entregarla a Schariar, quien la destapa y encuentra que el precioso líquido se ha evaporado por las nervaduras del cristal.

Una muchacha tras otra pierden la cabeza en el inútil empeño de lograr que el buen rey se meta dentro de ellas.

El visir prepara un almacén de cañas delgadísimas que acompañe al miembro colgante al interior de una mujer. Schariar se lo pone y logra verse erecto en su armadura de seda y bambú. Lo prueba con una muchacha que se resiste tanto que tiene que atarla de piernas abiertas a la cama, dice don Juan. La armadura parece lograr su objetivo, el rey por primera vez en su vida empieza a entrar en una mujer, pero no, no puede, no lo logra, hay algo que se lo impide. El rey, desesperado, la toma por los hombros, y empuja y empuja hacia dentro, no puede entrar, lo hace con más y más fuerza, y cuando parece que empieza a ceder, lo invade un borbotón de sangre y la muchacha muere.

Intenta el rey con varillas más delgadas o flexibles, que también sostendrán su miembro de gelatina, pero se quiebran al roce de una mujer.

Sigue el rey con su costumbre, dice don Juan, cada noche el visir trae una nueva mujer, cada noche el rey se va con ella a la cama, a veces con furia, otras con desgana, en ocasiones con desesperación. El intento es

cada vez más breve, y al instante el buen Schariar entrega al verdugo a su esposa intacta.

Hasta que una muchacha llamada Scherezade, dice don Juan, narra después la mujer al tribunal, le cuenta Laura al cura, se las arregla para casarse con él.

En esa época, dice don Juan, los matrimonios del rey no tenían fiesta alguna, sino una muy breve ceremonia, en la que un ministro de Alá los unía hasta que los separase la muerte. Acto seguido, el visir indicaba a la muchacha que entrara a los aposentos reales, se desnudara y esperase en la cama el trámite brevísimo.

Schariar entra casi corriendo. Fuera lo esperan sus visires; ha interrumpido una audiencia, con una declaración de guerra empezada a redactar. Llega decidido a no consumir, una vez más, su matrimonio, y volver corriendo a los asuntos de Estado. Encuentra a Scherezade recostada en la cama, pero vestida hasta el cuello.

«¿Qué haces?», ruge. «¡Desnúdate!».

«No puedo», dice ella. «Estoy con mis reglas».

Al rey no le molesta la sangre. Ha vivido en medio de ella y hoy tiene urgencia en terminar de una vez esta enojosa venganza y volver a su guerra.

«Además», dice Scherezade, «hay una historia que quiero contarte».

«¡No puedo!», dice el rey. «¡Estoy a punto de declarar la guerra!».

«Es precisamente sobre una guerra», dice Scherezade.

De manera que Scherezade comienza a contar la historia de un rey muy valiente, dice don Juan, cuyo reino es invadido por unos individuos feroces, de ojitos pequeños y montados en caballos peludos, que incendian las ciudades y violan a las mujeres. Narra Scherezade la larga guerra, y cómo van cayendo ante el enemigo baluartes y fortalezas, y huyen largas columnas de refugiados, mientras los jinetes sin alma arrasan fortalezas y mezquitas, y aplastan hasta la última brizna de hierba.

«Llegan los invasores hasta el palacio», dice

Scherezade, «y el rey se ve rodeado por una espesa humareda, como si se estuviera incendiando».

Scherezade calla.

«¿Y qué ocurre?», pregunta el rey.

«Amanece, mi señor», dice Scherezade. «Tú tienes grandes asuntos que atender y yo continuaré mi relato por la noche».

Así, dice don Juan, Scherezade habla y habla, noche tras noche, del rey que huye en la alfombra mágica que una mujer le facilita, y los dos hacen el amor durante el vuelo de la alfombra, y la voz de Scherezade sigue hablando de lámparas maravillosas portadoras de un genio que satisface todos los deseos que un hombre pueda imaginar de la cintura hacia abajo.

Cuenta de un monstruo que vive en el fondo del mar, donde tiene escondida a una mujer hermosísima que ha raptado y guarda en un cofre que abre un solo día al año. Ese día sube a la superficie para dormir la siesta en la playa, mientras la mujer espera el sueño del monstruo para engañarlo con el primer viajero.

«Si no me haces el amor, lo despertaré y te comerá», le dice la mujer al caminante, cuenta Scherezade al rey, dice don Juan a la mujer sin nombre, repite ella al tribunal, lo escribe el notario Tirso con su pluma de ganso sobre la mesa oscura, pensando quizás en la obra de teatro que alguna vez hará sobre don Juan Tenorio, relea el inquisidor el testimonio en una noche fría de 1612, lo lee Laura en una habitación con las ventanas cerradas para que no puedan dispararle desde fuera, le cuenta Laura al cura, y el pobre viajero, muerto del susto, tiene que arreglárselas para satisfacer allí mismo, sobre la hierba y al lado de los cuernos y garras del monstruo, a una mujer ardiente, que por única vez en el año puede acostarse con un ser humano.

Cuenta Scherezade cómo los árabes, hombres de las arenas y del camello, se lanzan a navegar por mares ignotos y llegan a islas en las que esperan mujeres de coños encendidos, dice don Juan, que los gozan sobre las

playas, mientras rondan piratas armados con cimitarras y emergen serpientes marinas.

Una noche, mientras habla, Scherezade descubre un pie. Como al acaso, Schariar alcanza a entrever los dedos finos, con las uñas pintadas de color dorado, y siente una vaga inquietud. La noche siguiente, Scherezade muestra el tobillo, y dos noches más tarde, a medida que habla, le permite ver un brazo y, al acomodarse el *chador*, un hombro blanquísimo.

Noche a noche se repite el narrar incesante, dice don Juan, noche a noche Scherezade llena la habitación de palacios de jade y estatuas de bronce que cobran vida, como impulsadas por esa voz que todo lo cuenta y que va construyendo un mundo en el que hombres y mujeres hacen el amor en playas y selvas, en sótanos y en palacios, en naves de vela y en armarios de marfil.

Y otra noche, cuando Scherezade comienza a hablar del encuentro de un príncipe con su amada virgen, descubre una pantorrilla y la deja así. Schariar tiene una sensación que al principio no reconoce, y poco a poco comprende. Baja su mano y constata: está en erección. Deja su mano sobre el miembro, descubriendo ese tacto nuevo que a veces lo acompaña en sueños, pero que se pierde apenas el buen rey despierta del todo.

Sí, ahora está completamente lúcido y puede pasar la mano por el miembro entero, que se le antoja enorme, sólido y latiendo. Schariar calla, no se atreve a levantarse, sintiendo que el menor movimiento deshará el prodigio; luego Scherezade habla y habla, y siguen ocupando el aire los fantasmas de esos hombres y mujeres amándose interminablemente.

Esa noche es un instante; la siguiente, Schariar espera la erección, que se presenta un momento antes del amanecer. Pasan varias noches sin que se insinúe, se aproxima y escapa fugazmente, y la noche en que Scherezade le cuenta sobre la joven hermosa que se acuesta con los cien monjes de un convento sin darse cuenta de lo que está haciendo, mientras ella habla con

las piernas descubiertas, el miembro de Schariar se endurece, dice don Juan, y así se está horas enteras, hasta que el rey se pone de pie, tambaleante, y apoya la mano sobre un muslo de Scherezade. Ella lo besa con lentitud, se deja acariciar sin tocarlo, y así se están los dos sin moverse, besándose muy quedo, como si los dos no supieran que, cada tanto, la mano del rey baja para constatar que su miembro sigue ahí, orgulloso, con la cabeza levantada.

Schariar descubre el velo que tapa los larguísimos cabellos de Scherezade, le acaricia los hombros y, cuando le quita el *chador*, descubre que no lleva nada debajo de él. Ella se acuesta boca abajo para mostrar la curva de su espalda, las nalgas opulentas que Schariar acaricia y después besa.

Scherezade se deja tocar inmóvil, devuelve apenas un roce, como para indicar que está allí, dice don Juan, mientras el rey la acaricia interminablemente y la vuelve pechos arriba. Las manos del rey van y vienen del cuerpo de ella a su propio miembro, que sigue erguido, hasta que comienza a agitarse, y Scherezade, con manos que lo rozan como al acaso, va desnudándolo y lo invita a que se eche sobre ella. Schariar busca dónde penetrarla, encuentra el sitio con la mano pero no con el miembro, y ella lo acompaña hasta su puerta húmeda. Siente el rey cómo su cabeza está dentro de ella y una enorme sensación de paz hasta que lo traba un pliegue, se detiene, trata de empujar, su erección cede, él trata de penetrar del todo el miembro flojo, mientras Scherezade se aquieta y le cuenta la historia del pequeño Alí, al que un pájaro gigantesco llevó a un jardín, donde siguió un camino empedrado de diamantes hasta hallar a una mujer con la que se echó sobre unos almohadones.

«Como nosotros ahora», murmura el rey, mientras siente que su miembro vuelve a crecer y atraviesa suavemente el camino húmedo y tibio que Scherezade le ofrece. Se quedan así un tiempo dilatado, y Schariar siente que su cuerpo íntegro es ese miembro que se

mueve lentamente dentro de ella, hasta que finalmente estalla, y Schariar puede ver el rostro de Alá. Esa noche, por primera vez en su vida, el buen rey Schariar duerme dentro de una mujer.

Seducción

—Repasemos qué podemos concluir sobre Tenorio —dice el cura, con el miedo y el cansancio marcados en la cara.

—Lo más sugestivo —dice Laura— es que Don Juan se toma infinitamente más trabajo del necesario, si pensamos que su objetivo es, realmente, acostarse con esas mujeres.

—¿Qué otro? —pregunta el cura—. No lo imagino con otra cosa en la cabeza.

—Una cabeza tiene varias habitaciones —dice Laura—. Uno puede creer que quiere una cosa y querer en verdad algo distinto, o quizás opuesto. ¿Sabe usted, padre? Acostarse con una mujer es muy sencillo, realmente lo es, basta con-invitarla a hacerlo, y no creo que fuera tan distinto en los tiempos de Don Juan, que las glándulas son iguales en esa época y en la nuestra. Entonces, ¿por qué esa puesta en escena, aparentemente sin objeto? ¿Qué hay detrás de esa laboriosa seducción, si hubiera conseguido lo mismo con la décima parte del esfuerzo?

—Salvo que la seducción haya sido el objetivo, y la mujer el pretexto —dice el cura.

—Por ahí vamos bien —dice Laura—. Tenemos, entonces, un Don Juan actor, que hace su representación cada vez para una espectadora distinta. El precio de la entrada es un coito, y los dos tienen que creer, o simular creer, que ése es el objetivo y no el pretexto.

—Con lo que no está mal que lo hayan llevado tantas veces al teatro. Hay coherencia de forma y contenido —dice el cura.

—Pero, además —dice Laura—, Don Juan es un actor

de tragedias. Recordemos que siempre muere alguien en estas obras. Todos los autores lo tratan como un personaje diabólico.

—¿Acaso no lo fue? —pregunta el cura—. ¡Si todavía nos persigue a varios siglos de su muerte!

—Puede ser —dice Laura—. Y también puede ser que le haya caído encima la marca infamante del teatro, oficio de Satanás si los hubo, que siempre se condenó que un hombre se vistiera de otro y simulara vivir una vida que no era la suya.

—¿Qué sabemos de los otros Donjuanes? —dice el cura—. ¿Algún otro libro puede darnos más pistas sobre éstos? ¿O seguimos leyéndolos hasta que nos maten?

—Facetas —dice Laura—. Imágenes especulares. El infinito conjunto de Tenorios que ha producido la literatura no pretende agotarlo sino mirarlo desde otro ángulo. Hay más Tenorios de los imaginables: el mismo año en que Mozart estrena el *Don Giovanni*, suben a escena otras dos óperas italianas sobre el mismo tema, que afortunadamente se perdieron. Una lista incompleta ocupa varias páginas, desde el de Lord Byron hasta el de Leopoldo Marechal. Tienen una sola cosa en común: todos se centran en el mito y se les escapa el hombre.

—¿Zorrilla? —dice el cura.

—Zorrilla es un buen versificador —dice Laura—. Tanto que a veces uno no advierte que es un mal poeta. El Don Juan de Zorrilla es ágil y movido en escena, pero, como siempre, Don Juan es una caja negra. Zorrilla no tiene la menor idea de por qué su personaje actúa así. Para peor, en vez de un final moralizante, como Tirso, que lo manda derechito a follarse a Satanás, Zorrilla lo redime por el amor, y para eso llena el último acto de fantasmas, que no le alcanza el del comendador. Termina con una ridícula lucha de fantasmas, como los combates entre monstruos del peor Hollywood. En medio de tantos espectros, olvida que el tema es la pasión, la carne, el éxtasis en que un hombre y una mujer se revuelcan entrelazando sus jugos y sus sudores, hasta tal punto que

no saben si son, por un instante, uno solo.

—¿Y Mozart? —dice el cura.

—Mozart agrega algo importante —dice Laura—, que es el libro de contabilidad. Otra vez la visión industrial del amor. Don Juan necesita llevar la estadística. Por las noches repasa sus libros: ésta tenía pezones inmensos, aquélla pecas en el vientre, la otra una cabellera rojiza. Son tantas que continuamente está olvidándose de alguna.

—No le importaba nada de ellas —dice el cura.

—Si llevaba un libro de contabilidad, es que de veras le importaban —dice Laura— y que hacía todo lo posible por combatir el olvido. Por supuesto, uno no se olvida de un gran amor. Pero, entonces, ¿qué nos está diciendo Leporello cuando le habla a una de ellas: «Observad: este gran libro está repleto con los nombres de sus conquistas. Aquí figuran mujeres de cada pueblo, cada ciudad, cada país que visitó. Señorita, éste es el catálogo de todas las bellas que amó mi señor»? Nos dice que son importantes, que llevar la estadística de todas es como guardar las cartas de amor de la única mujer soñada.

—Sólo que no es una, sino todas —dice el cura.

—Está buscando la mujer primordial, la diosa de la Tierra, la Venus hotentote, la Pacha Mama —dice Laura—, de la que todas las mujeres tenemos apenas un destello. Lo busca en todas, y en ninguna encuentra más que la insinuación de que ese fulgor existe.

—¿Se enamoran de él? —pregunta el cura—. ¿O acaso él se enamora de alguna de ellas?

—Por de pronto, la mentira seduce más que la verdad —dice Laura— y ya vimos que Don Juan busca algo más que encamarse, lo cual lo convierte en trágico, quizás a pesar de sí mismo.

—Usted me está diciendo que las mujeres se enamoran de él —dice el cura— porque él les miente.

—Que se enamoran porque creen que van a redimirlo —dice Laura—. Todo hombre aspira a ser el primero de una mujer, y toda mujer quiere ser la última de un

hombre.

—De todo eso, ¿qué cree él? —pregunta el cura.

—Don Juan cree siempre lo que dice —dice Laura—. Ése es su secreto: por un instante, se enamora realmente de las mujeres que seduce. Por eso es tan peligroso. «Estoy enamorado de una bella dama, y estoy seguro de que ella me ama», explica al sirviente en la ópera de Mozart. «Por Tisbea estoy muriendo», le dice en la obra de Tirso. Se lo dice cuando ellas no están presentes, de modo que podemos concluir que no miente. Y es que el amor intenso, el amor de veras, está siempre muy cerca de la muerte. Ése es el sentimiento que busca don Juan Tenorio, no una mera colección de coños.

—En cualquier caso, estaría en contra de la naturaleza humana —dice el cura—. Por lo menos, la Iglesia enseña que el hombre es naturalmente monógamo. Si Dios creyera en la poligamia, habría creado seis o siete Evas, con lo cual el mundo se hubiera poblado mucho antes. Sin embargo, prefirió esperar.

—¡No me haga trampas teológicas, padre! —dice Laura—. Recuerde que también le dio sabiduría a Salomón, y Salomón no se conformó con menos de cuatrocientas mujeres. Y en ninguna parte se dice que haya terminado en el infierno por ese pecadito.

—¿Acaso se enamoró Salomón de todas? —dice el cura.

—Estoy segura de que no —dice Laura—. Ésa fue su sabiduría. Creo que el hombre se halla en perpetua tensión entre la poligamia y la monogamia. Se puede ser polígamo de cintura para abajo, que eso nos viene de la horda primigenia. Pero sospecho que, de cintura para arriba, nos tira más la monogamia. Al fin y al cabo, Salomón sólo estuvo enamorado de la reina de Saba, y las Escrituras alaban su inteligencia, no sus tetas.

—¿Y Don Juan? —dice el cura.

—Don Juan se enamora de todas, y todas se enamoran de él —dice Laura—. Esto se puede sostener un tiempo muy corto, pero a largo plazo crea una tensión tan

intolerable que alguien tiene que morir: el comendador, Inés, don Juan o nosotros mismos. Porque el amor pasional, desafortunadamente intenso, está demasiado cerca de la muerte. Es desear un fuego tan enorme que los queme a los dos. Acuérdesse de Romeo y Julieta: con un amor menos intenso se hubieran fugado juntos en vez de hacer la idiotez que cometieron.

—¿En qué se diferencia la actitud de Don Juan de la de las rameras? —dice el cura.

—De las putas, padre, de las putas —dice Laura—. Fíjese usted en que el oficio de puta tiene cierto encuadre (y uso a propósito la expresión de Freud), y que no se salen de allí. Por ejemplo, no besar al cliente en la boca.

—Porque la boca es para el chulo —dice el cura.

—No, ésa es una consecuencia —dice Laura—. Es porque las putas tienen que acostarse con muchos hombres sin enamorarse de ellos y sin enamorarlos. Es un delicado equilibrio que está muy cerca de la locura, que las putas saben (o quieren) medir, y Don Juan no.

—¿De ahí la fiebre de conquista? —pregunta el cura—. Porque ese hombre es un león con las mujeres.

—No es un buen ejemplo —dice Laura—. El león es muy abúlico. Sólo captura las presas que están muy cerca y cuando no tiene que correr demasiado tras ellas. Pero la mayoría se le escapan porque él se cansa antes. Don Juan hace exactamente lo contrario.

—¿A qué se parece, entonces? —dice el cura.

—Al puma —dice Laura—. El puma es un desesperado. Rastrea su presa durante días, ruge y jadea en la noche, se revuelve en el monte. Mientras el león duerme plácidamente, ocupado sólo en montar a las leonas y cada tanto capturar algún ciervo rengo, el puma se enfrenta angustiado al desafío de la caza. Si la presa huye, correrá tras ella con todas las fuerzas que le queden, hasta tal punto que morirá de cansancio antes que dejarla escapar. Si, a pesar de eso, la presa huye, el puma entra en una profunda depresión, casi siempre mortal. Creo que Don Juan se parece al puma: cuando

asalta a una mujer no puede fallar, le va la vida en ello. Pero esta debilidad se transforma en fortaleza. ¿Qué mujer le negaría el sí a un hombre si percibe que con eso le salva la vida?

—Por un día —dice el cura.

—Exactamente —dice Laura—. Al día siguiente será otra la que lo salve de la desolación y la muerte.

—Espero que usted me salve a mí —dice el cura—. Creo que no resisto más estas amenazas.

—A Don Juan también lo amenazaban reiteradamente, padre —dice Laura.

—No me gusta la comparación —dice el cura—. Pero quizás ésa sea mi cruz. En todas las versiones hay un sacerdote que lo amenaza o lo maldice.

—Sí, pero de maneras casi opuestas. El Don Juan de Mozart es el reverso del de Tirso —dice Laura—. En los dos casos, Don Juan es el demonio, pero Tirso era hijo natural, y ya vimos que era el notario de la Inquisición durante el proceso al Don Juan histórico. Creo que se las arregló para representar en Tenorio a su propio padre. Pero el de Mozart es exactamente al revés; Mozart acababa de perder a su padre cuando lo compuso, y él mismo se veía como un Don Juan. El fantasma del comendador, en su ópera, podría ser el viejo Leopold Mozart que manda al infierno al Wolfgang pecador.

—Andamos siempre con el infierno cerca —dice el cura.

—Sí, padre —dice Laura—. Y mucho más en este testimonio, por lo que cuentan las víctimas. Escuche, padre, escuche usted la forma en que Don Juan se dedicó a violar monjas.

Violación

Tirso de Molina, notario de este proceso inquisitorial, solicita la necesaria dispensa para suspender el secreto de confesión y relatar aquí lo que le fue dicho por dos hermanas religiosas de un convento de Sevilla. Lo otorga el inquisidor, teniendo en cuenta que el acta del proceso es secreta y se tomarán los recaudos debidos para proteger la inocencia.

De manera que cuenta Tirso que, ya avanzada la tarde, se acercó al confesionario una de las dichas religiosas, llamada María de los Ángeles, diciéndole que no, padre, que lo que ayer hicimos no tiene nombre, que es un pecado de aquéllos, y que ahora a quién le puedo pedir la absolución, si con usted pasó lo que pasó, y ahora no me atrevo a confesarlo ante nadie.

Tirso está a punto de decir que ayer no estuvo allí, lee Laura, pero hay algo en la voz de la monja que lo lleva a callar y escuchar de qué modo el día anterior ella había ido a confesar un ardor de la carne que se despierta en primavera y que a veces se confunde con un éxtasis místico.

—Quizá lo sea —le dice el cura del otro lado de la reja, y María de los Ángeles percibe algo en el tono de esa voz masculina que comprende su dolor. Habla ella de las noches de rezo, sola en su celda, de rodillas en el suelo, cuando el viento cálido la abraza con sus dedos infinitos.

—¿Por qué Dios entrega un cuerpo ardiente a las que no deben usarlo? —dice ella.

—Quizá sea una señal —dice la voz del hombre que está tras la reja del confesionario.

Y ella no podría decir que él la sedujo, lee Laura, porque no le dijo palabras hermosas, ni le habló de su

pasión por ella, ni prometió sacarla de la orden y llevársela en matrimonio. Sólo la escuchó en silencio, asintiendo y aprobando cada vez que sor María de los Ángeles hablaba de la mujer que se desgarraba bajo el tocado de monja.

Y sor María habla y habla de las noches en vela, del pesado silencio del convento, de un cuerpo que en invierno son sólo esas manos cuarteadas por el agua fría, endurecidas al roce áspero de la piedra; manos duras, cuya consistencia va pareciéndose cada vez más a la de los bancos de madera y las columnas de piedra. Y es tanto el frío del invierno que el cuerpo se reduce a esas manos que descubre, tapadas por su piel de madera.

Pero ahora, en primavera, el calor del aire atraviesa las vestiduras negras y le entibia los pechos hasta que le florecen los pezones, que se le endurecen durante horas con sólo ver el brote de una hoja o el capullo de una flor. El aire de primavera le roza las piernas, dice ella, le envuelve las medias de lana áspera y comienza a subirle hasta el vientre, allí donde ahora quizá guarde un hijo por el que no sabe si sentir orgullo o vergüenza.

—Estoy seguro de que es una señal —dice la voz del hombre que está en el confesionario, mientras ella se aproxima a la reja y siente el roce del otro en la palma de la mano.

Y ella no sabe qué ocurrió después, le dice a Tirso, lee Laura, porque fue sólo el silencio del hombre que la escuchaba lo que la llevó a abrir la puerta del confesionario y besarlo. Estaban a oscuras y nunca le vio el rostro, aunque sintió el tacto de un bigote fino y una barba pequeña, con los que después le rozaría, apenas, sus partes de mujer.

Lo besa en la penumbra, lee Laura que le ha confesado a Tirso, los dos en silencio, y el hombre la toma en brazos y la lleva por la penumbra de la iglesia hacia las celdas, se dirige sin vacilar a la de ella, como si supiese cuál es, y la deposita en el suelo, mientras ella espera que el frío del ladrillo atenúe su ardor. Le levanta las vestiduras hasta

cubrirle la cara y la penetra, sin desnudarse y sin acariciarla, con apenas un beso muy leve allí abajo, y lo hace todo con tanta rapidez que ella se queda pensando que es como si nada hubiera ocurrido, salvo esa sensación mezclada de paz, de sorpresa y de miedo, y esa humedad que le desciende por las piernas.

Cuando abre los ojos, lee Laura, el hombre ya no está, pero confiesa más tarde sor Ana de la Anunciación, que ocupa la celda contigua, que escuchó ruidos y quejidos detrás de su puerta y que se quedó muy quieta y en silencio, y que en esa postura la encontró el desconocido. Ana no puede decir si fue o no fue forzada, porque no llegó a oponer resistencia alguna, sino que sintió que el corazón le latía con fuerza y se le ablandaba todo el cuerpo. Así, se dejó conducir hacia el suelo de ladrillo, levantar las vestiduras y penetrar en un instante y sin comprender por qué no pudo resistirse, ni por qué un momento antes tenía tal humedad en la entrepierna.

Cuando se iba, el desconocido le dijo al oído:

—Yo soy don Juan Tenorio.

Convite de piedra

—¡Acabo de entenderlo todo! —grita Laura, entrando en la habitación del cura y sacudiéndolo en la cama.

—¿Qué cosa? ¿Qué ocurre? —balbucea el cura, todavía medio dormido.

—Acabo de terminar el legajo —dice Laura—. Creo que he descubierto por qué quieren matarnos.

—Eso ya lo sabemos —dice el cura, cubriéndose la cabeza con la almohada—. Es una familia mojigata que no quiere que su famoso antepasado se identifique con el mito. Ahora déjeme seguir durmiendo y vuelva cuando tenga algo nuevo que decirme.

—Lo tengo, padre —dice Laura—. Es exactamente al revés: no quieren eludir el mito. Lo están protegiendo.

El cura se sienta en la cama, súbitamente despierto.

—¡No puede ser! —dice el cura—. Pero ¿de qué lo están protegiendo y por qué?

—Salgamos rápido de aquí —dice Laura—. Ahora que lo entiendo, tengo miedo de veras.

Corren Laura y el cura, con el cartapacio como único equipaje, él con la sotana puesta encima del pijama, ella despeinada y en chinelas, por calles oscuras en las que se suben automóviles a la vereda para atropellarlos, y, en cierto momento, oyen disparos, Laura siente un golpe y cae al suelo, se levanta, sigue corriendo y más tarde descubre una bala alojada en el cartapacio que lleva sobre el pecho.

En la estación se sienten más protegidos. Allí, en medio de la gente, ellos no intentarán nada. Dentro de poco un tren los llevará hacia la frontera, y después ya se verá qué hacen. Laura suspira aliviada y deja que sus manos se sumerjan en las manos enormes del cura.

Suben al tren, se encierran con llave en un compartimento y, cuando el tren se pone en marcha, Laura comienza a hablar:

—No sé si lo sabemos todo, pero sabemos bastante —dice Laura—. Repasemos toda la historia. Tenemos un personaje mítico, don Juan Tenorio, y una figura histórica importante, fuerte, uno de los grandes de la historia de España, que, podemos decirlo ya con certeza, ha dado origen al mito.

—Y una familia que quiere matarnos para que no se descubra que el prócer de los beatos era un maldito follador —dice el cura—. Pero esto ya lo sabíamos hace una semana. ¿Qué hay de nuevo hoy?

—Que la realidad no es tan lineal, padre —dice Laura—. Creo que están protegiendo otra cosa, y es la propia continuidad del mito.

—No me diga que usted y yo vamos a hacer caer el mito de don Juan Tenorio y que alguien se va a tomar el trabajo de matarnos por eso —dice el cura, mientras un balazo salido de las sombras atraviesa la ventanilla, perfora la puerta del compartimento y vuelve a perderse en la noche y en el mudo del tren que sigue, a toda máquina, hacia la frontera.

Se arrojan al suelo, Laura apaga la luz con el borde del cartapacio y se quedan en la oscuridad, el uno junto al otro, esperando que se les aquiete la respiración.

—Saben que estamos aquí —dice Laura—, y a lo largo del camino quizá nos disparen desde otros puntos.

—Quedémonos en el suelo, pues —dice el cura.

—Piense usted, padre —dice Laura—, que estamos ante una de las familias más poderosas de España. Para ellos, el mito no sólo es decisivo hacia fuera; también lo es hacia dentro.

—¿Usted dice que para ellos es importante la figura del Tenorio? —dice el cura.

—Digo mucho más —dice Laura—. Los seres humanos necesitan fabricarse antepasados míticos y creer en ellos. Las familias poderosas tienen antepasados verdaderos,

documentados, distintos de los del resto de la gente y que justifican esa diferencia.

—¿Y entonces? —dice el cura, acomodándose en la oscuridad.

—La única explicación posible es que existe un culto familiar al prócer —dice Laura.

—¿En su versión oficial? —dice el cura.

—No —dice Laura—. Ésa es para fuera. El culto interno es, seguramente, en su versión Tenorio.

—¿Castos hacia fuera y disolutos hacia dentro? —pregunta el cura.

—¿Acaso serían los únicos? —dice Laura—. Ellos necesitan al antepasado mítico para unir a un clan familiar que tiene conflictos económicos y políticos fuertes. Hoy están juntos porque son, hacia fuera, los descendientes del prócer, y, hacia dentro, los de Tenorio. Pero ¿qué pasa si Tenorio cae? ¿Qué disputa interna se abriría? ¿Se mantendría el liderazgo actual del grupo? ¿Se imagina los millones de dólares que están en juego?

—No sé contar hasta esa cifra —dice el cura—. Pero dígame de qué forma nuestro legajo puede afectar al mito de Don Juan.

—De la peor de las maneras —dice Laura, mientras otro balazo cruza por encima de ellos y las luces de un poblado pasan velozmente ante la ventanilla perforada—. Debilitando el machismo. Véalo usted mismo. Llevo una linterna en el bolso y voy a enseñárselo aquí mismo, sin levantamos del suelo. Lo primero es el recibo en el cual un tal Gabriel Téllez, también llamado Tirso de Molina, reconoce haber recibido dinero a cambio de escribir una obra de teatro sobre un seductor al que llamó don Juan Tenorio.

Y Laura, apoyada sobre el pecho del cura, le muestra a la luz temblorosa de la linterna más y más papeles en los que la familia del prócer ha pagado incontables escrituras y reescrituras, composiciones y representaciones de convidados de piedra y Giovannis, Juanes y Tenorios, gastando fortunas para lograr que el mito se corporizara

sobre todos los escenarios de Europa.

—Un recibo firmado por Da Ponte —dice el cura—, el libretista de Mozart. ¿Qué dice aquí abajo?

—Parece un contrato —dice Laura, mientras los dedos de ambos se rozan sobre el papel amarillo—. Aquí Da Ponte se compromete a escribir el argumento de un Tenorio. Le darán el dinero cuando lo termine, a condición de que incluya la escena del convidado de piedra. Lo autorizan a cambiar cualquier otro episodio menos éste.

—Estamos cerca —dice el cura—. Han construido un mito para que les sirva de ejemplo, de generación en generación. Esto explica por qué este grupo económico no se deshizo en conflictos internos, como tantos otros. Los une el culto al coraje de un hombre que busca lo imposible, aun al precio de enfrentarse con los cuernos del diablo.

—Siempre me llamó la atención —dice Laura— la velocidad con que el mito del Tenorio se expandió en tantos países, adaptándose siempre a las peculiaridades locales. Me llenaba de orgullo el que un mito español tuviera tal vitalidad y fuera incorporado por muchas otras culturas.

—Pero, por lo visto, esa gente pagó para que todo el mundo tuviera su Don Juan —dice el cura—. Tirso, Molière, Zorrilla, Goethe, Mozart, todos reciben apoyos para que Tenorio convide piedras a su cena.

—Aquí hay incluso —dice Laura— una nota en la que encargan una ópera sobre Tenorio a un artista italiano, y le exigen que el sirviente cante en el dialecto de Nápoles para tener mayor éxito en esa ciudad.

—En este sobre —dice el cura después de mirar unos papeles caídos— están los que rechazaron la oferta. Beethoven dice que no puede inspirarse en un canalla disoluto, sino sólo en grandes ideales.

—Y Wagner pide una suma exorbitante por hacerles un Von Johann bávaro, que cenará con la estatua de Wotan, y ellos lo rechazan —dice Laura.

—Resumamos entonces —dice el cura—: la familia del prócer no quiere que se identifique a su antepasado con Don Juan, pero hace tres siglos que gasta fortunas para que todos sepamos de su existencia.

—O para que tengamos una única versión del mito —dice Laura.

—¿Acaso podrían existir otras? —pregunta el cura.

—Nunca tuve tanta imaginación —dice Laura— pero para ellos la esencia del mito no son sólo las mujeres, sino también el convidado de piedra. Sin ese fantasma no hay Tenorio que pueda ser llamado tal.

—Y sin el culto a Don Juan —dice el cura— en cualquier momento pueden estallar los conflictos latentes en ese grupo económico-familiar.

—Esto hace que nuestros papeles sean peligrosos —dice Laura—. Porque cambian una parte esencial del mito. Escuche usted este testimonio.

Declara ante el tribunal de la Inquisición una moza que dice trabajar en casa de don Juan Tenorio, a quien sirve en todo lo que le es demandado, que lo hace honestamente y saca mucho placer de ello, pues su señor siempre le pagó puntualmente su salario y la trató con la mayor consideración en su oficio, como la única vez en que la recibió en su lecho, por lo cual ella no viene a denunciar ninguna cosa ni a quejarse de nada, sino solamente a cumplir con su deber de decir todo lo que ha visto.

Pero esta vez su señor don Juan estaba particularmente alterado, pues hacía días que seguía a una moza, enviándole cartas encendidas y regalos, sobornando a sus criadas para que le hablaran de su amor súbito y eterno, esperándola en la iglesia, durante la misa, para cruzar la mirada con la de ella, y, por primera vez en su vida, no lograba vencer la castidad de una mujer.

Día tras día, don Juan Tenorio escala muros, fuerza puertas y ventanas, soborna o amenaza a quienes la

guardan, intenta tramitar su matrimonio, como tantas veces lo hiciera, mientras la muchacha ni siquiera parece haberse enterado de su existencia.

Rodeado de mujeres que lo acosan, perseguido por padres y maridos, excomulgado y maldecido en innumerables ocasiones, retado a duelo por los nobles o atacado por los campesinos, lo único que don Juan no puede soportar es la indiferencia de una mujer. A medida que avanzan las horas, la figura de Dolores se le hace cada vez más luminosa, porque la mujer más bella es siempre la más lejana.

Recorre don Juan su casa a grandes pasos, lanzando suspiros de despecho y rugidos de amor, como si ese amor fuera de toda la vida y no de apenas un mes atrás, da puñetazos contra las paredes y arroja una silla al suelo. Se ahoga en su casa, se ahoga, dice la moza al tribunal, le lee Laura al cura a la luz de la linterna sobre el suelo de ese vagón que marcha hacia la frontera en medio de la noche, periódicamente tiroteado por los familiares de ese hombre que se desprende el cuello, arroja al suelo la gorguera porque dice que le falta el aire, que alguien ha robado todo el aire de Sevilla, y sale a la calle para respirarlo.

Corre don Juan por las callejuelas de la judería, resiste la fuerte atracción de subir a un campanario y arrojarle desde allí, pues todas las iglesias lo atraen fatalmente, pero mucho más la altísima torre de la Giralda, y toda esa desesperación es por una sola mujer, él, que ha tenido a todas las demás de Sevilla y a casi todas las del mundo entero.

Pero hoy tiene que ser ésa. Don Juan se muere por Dolores, y Dolores sigue sin saber de su existencia, como si él no estuviera en el mundo, como si nunca hubiera nacido un don Juan Tenorio.

—Me condena a muerte —murmura don Juan, porque la muerte es no existir para esa mujer. Y quizá don Juan recordara que otra había sido su amor verdadero de ayer y distinta la de anteayer, pero la imagen distante de Dolores es más fuerte que él.

Vaga don Juan por las calles de Sevilla, la mirada perdida en su desvarío, sin percibir a las mujeres que le envían sonrisas y besos, sin escuchar los insultos de maridos y padres, siguiendo la sola imagen de Dolores, que ya ha cambiado en su memoria: ahora es más alta, el cabello y los ojos más oscuros, la voz menos aguda; y así, en su desesperación, lee Laura, don Juan va construyendo una mujer que se aleja cada vez más de Dolores. El rostro se le esfuma, los rasgos van diluyéndose, y quizá fuese y no fuese la nariz, la boca de Dolores, a quien sólo ha visto vestida y a quien, sin embargo, ahora imagina desnuda, con una piel que es la mezcla y la suma de la piel de tantas y tantas otras mujeres, y que va cambiando mientras don Juan atraviesa las calles que no ve, llevado por una mano que le oprime el pecho.

En cierto momento se detiene. La imagen interior de Dolores ya no se parece en nada a Dolores, sino que es, rasgo a rasgo, en los ojos y la nariz, en el ombligo y el vello del pubis, la imagen de Inés de Sepúlveda, ante cuya tumba y estatua se encuentra, sin saber cómo ha llegado.

Don Juan se acerca a la estatua, le acaricia una mano y comienza a hablarle de amor. Y yo, dice la moza al tribunal, lee Laura a gritos, porque el tren está cruzando sobre un puente de hierro y resuena toda su estructura, yo le escuché palabras encendidas, en las que la llamaba «mi gacela», y «paloma mía», le hablaba a la estatua de las flores del campo y del canto del ruiseñor, le decía que la extrañaba tanto que no podía vivir ni morir sin ella, y que la invitaba a pasar la noche con él.

—¿Esto es blasfemia o locura? —pregunta el notario Tirso.

—Quizá sea las dos cosas —dice el inquisidor.

Laura aparta el legajo y se queda pensando. El cura puede entrever sus ojos en la penumbra, fuera del cono de luz de la linterna.

—¿Usted cree que amaba de veras a Inés? —dice el

cura—. ¿O que estaba arrepentido de haber provocado su muerte?

—Yo creo —dice Laura— que don Juan se pasó la vida buscando a una mujer que no encontró nunca.

—¿Hubiera podido encontrarla? —dice el cura.

—Pienso que no —dice Laura—. Estaba buscando algo que las mujeres ofrecemos, pero que no podemos dar. Algo que tiene que ver con el sentido de la vida más que con el erotismo.

Laura retoma la lectura, la letra es difícil de descifrar, las pilas de la linterna están agotándose, y ella y el cura están en el suelo del vagón, tratando de leer juntos, letra a letra, casi rozándose las mejillas en la penumbra.

La voz de don Juan, dice la moza al tribunal, es capaz de conmover hasta las piedras, de manera que don Juan volvió a su casa a esperar que la estatua de Inés lo visitara. Había olvidado a Dolores y todo su deseo estaba encendido en tomo de esa mujer de mármol, a la que una vez había hecho el amor, cuando ella era de carne.

Y la moza esperaba que don Juan pasara la tarde con inquietud creciente, como la de quien convoca fantasmas, no para burlar un rato, sino porque cree realmente que vendrán. Pero no, don Juan estuvo con una serenidad inusitada, teniendo en cuenta que siempre había sido un hombre irascible, de humor cambiante, que pasaba con facilidad de la risa al llanto, del grito al silencio. Pero esa tarde se dedicó a cortar flores y adornar las ventanas, a cambiar de lugar adornos y cuadros, a ayudarla a ella y a los demás criados en todos los menesteres de la casa, eligiendo comidas que estimularan el deseo y cambiando los cortinajes y doseles de su cuarto.

Al atardecer tomó una vihuela y comenzó a entonar romances de amor, y al avanzar la noche envió afuera a los criados y esperó a solas. Cuando las campanas dieron la medianoche (mientras el cura se apoya sobre el hombro de Laura para ver mejor), don Juan fue a abrir la

puerta antes de que nadie tocara el llamador.

La estatua de Inés ya está ante la casa, don Juan la mira a los ojos de mármol y la invita a pasar. El escultor la vistió con tocado de monja, las manos unidas en actitud de plegaria. Inés ha dejado su pedestal en el cementerio y avanza descalza y tan rígida que parece tener ruedas bajo los pies. Aclara la moza que sólo se explica lo que pasó después pensando que Inés murió en estado de locura y confusión y que quizás aún no hubiera recuperado en el otro mundo el juicio que perdió en éste. Don Juan la toma del brazo: el mármol está helado, como si hubiese estado bajo la nieve esa noche. Don Juan acaricia la estatua, la cubre con su capa para entibiarla, le habla con dulzura y acerca una copa de vino a sus labios entreabiertos, que los humedece apenas. Le habla largamente sin que Inés conteste, pero él, dice la moza, que espiaba tras una cortina, parece percibir indicios de que ella le responde.

Don Juan le dice cosas que la moza no oye, le canta a la estatua y finalmente la lleva del brazo a su habitación; Inés va con las manos en plegaria y flotando a unas pulgadas del suelo. Don Juan besa a la estatua y trata de quitarle el tocado de monja: la tela de mármol se deshace y cae una muy fina arena blanca mientras emergen los cabellos de mármol que antes estaban cubiertos.

Don Juan comienza a desnudar a la estatua, la besa en las manos, la boca, los ojos; le quita velo y mantilla, corpiño y falda, y, a medida que las separa del cuerpo de ella, las prendas se vuelven polvo. Inés queda desnuda, las manos unidas tapando los grandes pechos de mármol, que don Juan acaricia una y otra vez, mientras él mismo va desnudándose y lleva la estatua a su cama, le acaricia el pubis, le besa su vello de piedra y trata de abrirla las piernas para penetrarla.

A la mañana siguiente, dice la moza, encontré a don Juan desnudo y muerto, boca abajo en la cama desfondada como si hubiera soportado un peso enorme, y rodeado de gran cantidad de arena blanca. Por la

expresión, creo que murió en paz.

Laura cierra el legajo a la luz vacilante de la linterna y mira a su alrededor. Todavía está en el suelo el compartimento, abrazada al cura, unidos en el esfuerzo de descifrar el legajo, percibiendo ahora su calor y su respiración. El cura huele a hombre, y Laura siente ese olor inequívoco de quienes acaban de levantarse de la cama sin haber tenido tiempo de lavarse para disimularlo. El cura cambia de posición un brazo acalambrado y roza un pecho de Laura, que no lleva sostén.

—Es cierto —dice el cura sin soltar el abrazo—. No soportarán que sepamos esto, ni que digamos que Tenorio, al igual que Atila, murió de manos de una mujer. Harán lo imposible por matarnos y defender su versión del mito de Don Juan.

—Entonces —dice Laura— hemos cometido un error: pueden estar esperándonos del otro lado de la frontera.

—Puede ser —dice el cura—. En ese caso, nos quedan un par de horas sobre este tren y quizá sobre este mundo. La invito a aprovecharlas.

La sotana cae.